

JAVIER FERNÁNDEZ-PACHECO

# *Amar y ser feliz*



**PATMOS**  
LIBROS DE ESPIRITUALIDAD



AMAR Y SER FELIZ

Primera edición: febrero 2007

Cuarta edición: noviembre 2009

© Javier Fernández-Pacheco, 2009

© Ediciones RIALP, S.A., 2009

Alcalá, 290 - 28027 MADRID (España)

[www.rialp.com](http://www.rialp.com)

[ediciones@rialp.com](mailto:ediciones@rialp.com)

Fotografía de portada: *Virgen con el niño*(detalle). Bernard van Orley. Museo del Prado. © Foto ORONoz.

ISBN eBook: 978-84-321-3904-8

ePub: [Digitt.es](http://Digitt.es)

Todos los derechos reservados.

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor.

# ÍNDICE

**Portada**

**Índice**

**Prólogo**

**INTRODUCCIÓN: NACIDOS PARA AMAR**

**I. DIOS NOS HA AMADO PRIMERO**

**Amor de Dios Creador**

**Dios es nuestro Padre**

**Dios nos ha redimido**

**Amor de Cristo en la Eucaristía**

**El Sacrificio que une el Cielo y la tierra**

**La intimidad con Jesús en la Comunión**

**La proximidad de Cristo en el sagrario**

**Otras pruebas del amor de Dios**

**II. CORRESPONDER AL AMOR DE DIOS**

**Dios nos pide amor**

**La respuesta de Pedro. Mi respuesta**

**Amar a Dios, la mayor felicidad**

**La alegría de poder amar**

**El amor a Dios nunca defrauda**

**Amar a Dios nunca defrauda**

**III. EL DON DEL AMOR A DIOS**

**La Humanidad Santísima de Jesús**

**La Virgen, atajo hacia Jesús**

**El espíritu santo y el amor a Dios**

**IV. ETAPAS PARA AMAR A DIOS**

**Buscar a Cristo**

**Encontrar a Cristo**

**Trato con Jesús en la Comunión**

**Diálogo con Jesús en el sagrario**

**Hablar con Dios en la oración**

**Contemplant a Dios en la vida cotidiana**

**V. LIBRES PARA AMAR**

**Libres de la soberbia de la vida**

**Libres de la concupiscencia de los ojos**

**Libres de la concupiscencia de la carne**

**VI. AMAR A DIOS CON OBRAS**

**Amor efectivo**

**Sus mandamientos no son pesados**

**El desamor del pecado**

**Recuperar el amor mediante la conversión**

**La tibieza del amor**

**El sufrimiento como manifestación del amor**

**Sufrir por amor es goce**

**Cómo gozar en el sufrimiento**

**VII. EL MANDAMIENTO NUEVO**

**Razones para amar al prójimo**

**El distintivo de los cristianos**

**Una caridad universal**

**La caridad con el «prójimo»**

**Amor al prójimo con obras**

**Sólo el humilde puede amar**

**Las reglas de la caridad**

**La regla antigua de la caridad**

**La regla de oro de la caridad**

**VIII. EL APOSTOLADO: TRANSMITIR EL AMOR A DIOS**

**La vocación cristiana es apostólica**

**El primer apostolado de Andrés**

**El primer apostolado de Felipe**

## PRÓLOGO

Mucho y bueno se ha escrito sobre el amor a Dios. Y entre las obras clásicas, merece destacarse la *Práctica del amor a Jesucristo*, de san Alfonso María de Liguorio.

En este pequeño libro, encontrarás una lectura sobre el doble precepto de la caridad desde un prisma específico. Nos introduciremos en esta importante asignatura del amor a Dios y a los demás, pero contemplada desde su relación con el afán de felicidad, que Dios ha puesto en todo ser humano, y que sólo Él puede satisfacer plenamente.

Beberemos en la fuente inagotable de la Sagrada Escritura; escucharemos la voz de los Santos Padres y Doctores de la Iglesia; y entre los autores modernos acudiremos, sobre todo, a las enseñanzas de Juan Pablo II, Benedicto XVI (su encíclica *Deus caritas est*) y san Josemaría Escrivá.

## INTRODUCCIÓN: NACIDOS PARA AMAR

A la luz de la revelación de Cristo, el proyecto más importante para la vida humana es conseguir el Paraíso, la felicidad eterna. La carta de nuestra vida cristiana es apostar por el Cielo. Mucha gente con fe se conforma con alcanzar el reino celestial, aunque tuviera que pasar por mucho Purgatorio, sin caer en la cuenta de los sufrimientos que eso lleva consigo. Otros tienen un objetivo más ambicioso: ir a la Gloria, evitando el Purgatorio. Los santos, llegan a más, pretenden conseguir la mejor morada en la vida eterna. Y es que, como nos revela Jesús, en la casa del Padre hay muchas moradas (cfr. Jn 14, 2).

Santa Teresa de Jesús escribe: «El Señor me ha dado a entender lo grande que es la diferencia que hay en el Cielo de lo que gozan unos a lo que gozan otros»<sup>1</sup>.

¿Es compatible esto con que en el Paraíso estaremos repletos de una felicidad perfecta? Imaginemos dos recipientes de distinto tamaño, uno grande y otro pequeño, que están llenos de agua. Ambos rebosan y no pueden contener más. Así ocurre en el Cielo: todas las almas están colmadas de gozo, no apetecen más, no les cabe más, pero unas poseen a Dios más que las otras por su mayor capacidad.

¿De qué depende conseguir una mayor felicidad en el Cielo? Del Amor. San Juan de la Cruz lo dice bellamente: «Al atardecer te examinarán en el Amor»<sup>2</sup>, y, en consecuencia, seremos premiados por el amor a Dios que tengamos en el momento de morirnos. Los teólogos dicen que a la caridad que alcancemos al final de la vida le corresponde un proporcional «lumen gloriae» («luz de la gloria»), que se traduce en una capacidad equivalente de gozar de Dios.

El profeta Samuel fue a la casa de Jesé para escoger entre sus hijos al que habría de suceder al rey Saúl, que ya no era grato a Dios. Samuel se dirigió a Eliab pensando que sería el que Dios había elegido. Pero el Señor dijo a Samuel: «No te fijes en su apariencia, ni en su gran estatura, pues lo he descartado. La mirada de Dios no es como la del hombre. El hombre mira las apariencias, pero el Señor mira el corazón» (1 Sam 16, 6-7). Mientras que el hombre se fija para medir a sus semejantes en su fuerza, belleza, inteligencia, etc., Dios nos valora por nuestro corazón, por lo que amamos.

El hombre está hecho a imagen y semejanza de Dios. Esta semejanza reside en su alma, y entre sus facultades la más noble es su capacidad de amar. Ahí estriba, sobre todo, su semejanza con Dios, ya que «Dios es Amor» (1 Jn 4, 16). Y de cómo hayamos desarrollado ese potencial de querer expresado en actos es de lo que nos pedirá cuenta el Señor.

Amar a Dios en orden a la retribución, por la que tanto nos movemos los hombres, nos puede servir como introducción a este gran tema del amor a Dios y la felicidad, bien entendido que el amor no es un «medio para» sino un fin en sí mismo, como veremos.

Para amar a Dios es fundamental saber que Dios nos quiere primero, que es lo que desarrollamos al comienzo. Eso nos impulsa a corresponder a ese amor, lo que nos hace felices. Después explicaremos que amar a Dios es un don y una tarea. Por último, consideraremos que la mejor forma de demostrar el amor a Dios es cumplir sus mandamientos, en especial el mandamiento nuevo que dio Jesús.

## I. DIOS NOS HA AMADO PRIMERO

«Dios es Amor» (1 Jn 4, 16). Aunque la Sagrada Escritura dijera sólo esta frase, ya valdría por todos los libros del mundo. Ésta es la verdad maravillosa que nos transmite.

Verdaderamente es un misterio el amor de Dios al hombre. C. S. Lewis, en su obra *Cartas del diablo a su sobrino*, cuenta que el gran arcano que desconcierta al diablo en el infierno es precisamente éste, y no el misterio de la Santísima Trinidad. El salmista también se sorprende ante el insondable amor de Dios y se pregunta: «¿Qué es el hombre, ¡oh Dios!, para que te acuerdes de él, y el hijo de Adán para que te cuides de él?» (Sal 8, 5).

¿Por qué Dios se enamora de nosotros?; ¿acaso Él necesita algo del hombre? No; al contrario, su amor es pura gratuidad. Nos ama porque su amor es difusivo, tiende a extenderse.

Saber que Dios nos ama es lo que de verdad importa en nuestra vida. Si a un niño le resulta vital sentirse amado por sus padres, a una persona adulta le ayuda muchísimo saberse amada por Dios, hasta el punto que la existencia cristiana se puede sintetizar en conocer y creer en el amor que Dios nos tiene<sup>3</sup>. Es decir, nuestra vida debe ser pensar, detenernos muchas veces al día en el cariño que el Señor nos profesa.

En esta época de angustia y de miedo es necesario al hombre, «que en su conciencia resurja con fuerza la certeza de que existe Alguien que tiene en sus manos el destino de este mundo que pasa; Alguien que tiene la llave de la muerte y de los infiernos (Ap 1, 18), Alguien que es el alfa y la omega de la historia del hombre (Ap 22, 13), ya sea la individual como la colectiva. Y este Alguien es Amor (1 Jn 4, 8-16): Amor hecho hombre, Amor crucificado y resucitado, Amor continuamente presentado a los hombres... Él es el único que puede dar plena garantía de las palabras: No tengáis miedo»<sup>4</sup>.

Oí contar en cierta ocasión, que una persona mantuvo una conversación pausada con su director espiritual, en la que le expuso cómo había ido su vida en la última temporada. Al final, sacó la sensación de que lo que le había relatado era bastante negativo, un pequeño desastre. Sin embargo, las palabras que escuchó, fueron precisamente las que necesitaba: «Hijo mío, cuánto te quiere a ti el Señor». Eso es lo importante: saber que el Señor nos quiere siempre, aunque seamos una calamidad, aunque no nos lo merezcamos.

Más que saber que Dios existe, importa saber que Dios nos ama, descubrir, como ha ocurrido en los santos, la ternura y la fuerza de ese amor, que se manifiesta como Creador, Padre, Redentor y amigo entrañable en la Eucaristía.



## AMOR DE DIOS CREADOR

Cuando una persona ama a otra se alegra de su existencia. Cuenta la Sagrada Escritura que Dios, después de crear al hombre, vio que era muy bueno lo que había hecho, como si hubiera dicho: Es bueno que tú existas. ¡Qué maravilloso que tú existas! El universo no estaría completo si tú no existieras. No concibo el universo sin ti<sup>5</sup>. Todo ser humano puede decir: Existo, luego soy amado.

Así pues, la primera prueba de que Dios nos ama es que nos ha creado. Si existimos, nos dice nuestra fe, no es por azar. «No somos el producto casual y sin sentido de la evolución. Cada uno de nosotros es fruto del pensamiento de Dios. Cada uno de nosotros es querido, cada uno es amado, cada uno es necesario»<sup>6</sup>. ¡Qué diferencia entre existir por azar, por el ciego materialismo evolucionista, y existir porque Dios nos ha amado creándonos! ¡Cómo se confirma y alegra nuestro ser!

El Concilio Vaticano II, siguiendo la doctrina de santo Tomás, enseña, por otra parte, que el hombre es el único ser de la creación visible al que Dios quiere por sí mismo. Todo lo demás, lo ha querido Dios en función del hombre. ¿No parece esto un derroche? Sí, pero es que el amor de Dios excede, en grado infinito, al amor humano, y llega hasta hacernos partícipes de su felicidad infinita y eterna en el Cielo.

## DIOS ES NUESTRO PADRE

«Mirad qué amor hacia nosotros ha tenido el Padre, queriendo que nos llamemos hijos de Dios, y que lo seamos. (...) Carísimos, nosotros somos ya ahora hijos de Dios» (1 Jn 3, 12).

Dios no nos quiere sólo con un amor creador, sino sobre todo con un amor de Padre. Nos eleva por encima de nuestra condición de criaturas —a distancia infinita de Él— y nos hace hijos suyos, no en sentido metafórico sino real. Así fue, al principio con Adán, y así es con nosotros, a pesar de nuestros pecados. Adán no quiso ser buen hijo de Dios y se rebeló. ¡Feliz culpa!, canta la Iglesia, ya que al llegar la plenitud de los tiempos Dios Padre envió a su Hijo para que redimiera al hombre del pecado y fuera constituido hijo de Dios (cfr. Gal 4, 5).

«Por el santo bautismo somos hechos hijos de Dios en su unigénito Hijo, Cristo Jesús. Al salir de las aguas de la sagrada fuente, cada cristiano vuelve a escuchar la voz que un día fue oída a orillas del río Jordán: “Tú eres mi hijo amado, en ti me complazco” (Lc 3, 22). Y entiende que ha sido asociado al Hijo predilecto, llegando a ser hijo adoptivo y hermano de Cristo»<sup>7</sup>. ¿Hay algo más grande que pudiéramos escuchar de Dios que estas palabras? ¡Cuánto nos puede consolar tenerlas presentes! La filiación divina es la gran osadía de la fe cristiana que ninguna otra religión se ha atrevido a manifestar.

Que somos hijos de Dios lo conocemos, sobre todo, por la revelación del mismo Dios hecho hombre, Jesucristo. En ello hemos de creer firmemente porque, «si admitimos el

testimonio de los hombres, de mayor autoridad es el testimonio de Dios» (1 Jn 5, 9).

En multitud de ocasiones el Evangelio recoge esa enseñanza de Jesús: sólo en el Sermón de la Montaña lo refiere dieciséis veces. El Señor llega a decir, en otro momento, con gran fuerza: «No llaméis padre a nadie sobre la tierra, porque uno sólo es vuestro Padre, el que está en los cielos» (Mt 23, 9). Con estas palabras, dichas al estilo semítico, y que no niegan la paternidad humana, el Señor nos dice que somos mucho más hijos de Dios que hijos de nuestros propios padres terrenos. Dios es nuestro Padre por antonomasia, infinitamente Padre, y la paternidad humana lo es por participación de la divina.

De una forma conmovedora, Jesús nos expone el amor de nuestro Padre Dios en la parábola del hijo pródigo, que podría llamarse mejor la parábola del padre misericordioso. Dios está representado en la figura del padre, que otea todos los días el horizonte para ver si vuelve su hijo pequeño, que le ha ofendido gravemente, marchando a tierras lejanas. Ha dilapidado su herencia en orgías y francachelas. Y un día, «cuando aún estaba lejos, dice la Escritura, lo vio su padre, y enterneciéronsele las entrañas y corriendo a su encuentro, le echó los brazos al cuello y le dio mil besos» (Lc 15, 20). Éstas son las palabras del libro sagrado: le dio mil besos, se lo comía a besos. ¿Se puede hablar más humanamente? ¿Se puede describir de manera más gráfica el amor paternal de Dios por los hombres?»<sup>8</sup>. Cada día deberíamos meditar en este amor incondicionado de nuestro Padre Dios por cada uno de nosotros, que, con nuestras debilidades y pecados, somos el hijo pródigo.

En este mundo moderno es fundamental saber muchas cosas. En el terreno profesional hay que estar al día y reciclarse continuamente; conviene conocer el desarrollo de las técnicas que hacen más amable la vida del hogar, o que, a veces, son imprescindibles para la vida cotidiana; hay que enriquecerse con conocimientos culturales, con las noticias de nuestro entorno..., pero lo más importante que hay que aprender es que somos hijos de Dios, si no, desconocemos nuestra verdad más íntima.

El Espíritu Santo es el divino maestro, que enseña a cada alma su filiación divina y se la hace experimentar: «Los que se dejan llevar por el Espíritu de Dios, éstos son hijos de Dios. Habéis recibido no un espíritu de esclavitud, para recaer en el temor, sino un espíritu de hijos adoptivos, que nos hace gritar: “Abbá” (Padre). Ese Espíritu y nuestro espíritu dan un testimonio concorde: que somos hijos de Dios» (Rom 8, 14-16).

El amor de Dios al hombre, que nos revela la Sagrada Escritura, además de ser paterno se describe también como materno. «Como un hijo al que su madre consuela, así os consolaré yo a vosotros» (Is 66, 13). En Dios, que ha creado al varón y a la mujer, reside la fuerza del padre y la ternura de la madre en grado infinito.

Para expresar el amor que nos tiene, Dios acude también a la imagen del amor sponsal, de ese amor que «es más fuerte que la muerte» (Ct 8, 6), con figuras audaces de los profetas Oseas y Ezequiel y, sobre todo, del Cantar de los Cantares, donde el *eros* se ennoblece al fundirse en el *ágape*<sup>9</sup>.

## DIOS NOS HA REDIMIDO

Al referirnos al amor humano, podemos entender dos formas de amar: el amor que consiste en dar, en obsequiar, en hacer regalos; y el amor que estriba en darse a sí mismo, y esto hasta sufrir por la persona amada, incluso hasta la entrega de la vida, dar hasta que duela, como solía decir la beata Teresa de Calcuta. Naturalmente, este último es el modo más excelso del amor.

Pues bien, Dios, al crearnos, nos da la existencia, la inteligencia, la libertad y todos los dones naturales. Al hacernos hijos suyos, nos da dones sobrenaturales y hasta se nos da Él mismo, haciéndonos partícipes de su naturaleza divina, comunicándonos su propia vida divina. Pero, además, el Hijo de Dios se hace hombre para morir por nosotros en la Cruz. De esa forma nos prueba que su amor es el más grande, porque, como Él mismo nos dice, «nadie tiene amor mayor que el que da la vida por sus amigos» (Jn 15, 13).

«La cruz, de ser signo de muerte infame, reservada a las personas de baja categoría, se convierte en llave maestra. Con su ayuda, de ahora en adelante, el hombre abrirá la puerta de las profundidades del misterio de Dios. Por medio de Cristo, que acepta la Cruz, instrumento del propio despojo, los hombres sabrán que Dios es amor. Amor inconmensurable»<sup>10</sup>.

Cristo murió no sólo por todos los hombres, sino también por mí en particular. Cada uno puede decir, ciertamente con san Pablo: «Me amó y se entregó por mí» (Gal 2, 20).

Todos somos objeto del amor redentor de Dios, pero cada persona lo es a través del perdón. Profundizar en el perdón de Dios que se realiza a través del Sacramento de la Penitencia, es comprender el Amor de Dios como Creador, Padre y Redentor, un amor incondicionado que pasa por encima de nuestras infidelidades y miserias.

## AMOR DE CRISTO EN LA EUCARISTÍA

¿Puede darnos Dios más pruebas de su amor? Sí, su amor es inagotable. «En la misma noche en que los hombres tramaban contra Jesucristo para atormentarle y quitarle la vida, pensó nuestro amantísimo redentor en instituir la Eucaristía, dándonos a entender que su amor era tan grande, que en vez de entibiarse con tamañas injurias, era entonces más ardiente y generoso. Oh, Señor amorosísimo; ¿cómo habéis podido amar tanto a los hombres que quisisteis permanecer con ellos en la tierra para convertirlos en su alimento, sabiendo que os lo habían de pagar con tanta ingratitude?»<sup>11</sup>. La Eucaristía es una invención divina maravillosa en la que se manifiesta por un lado, la sabiduría de Dios, y por otro su derroche de amor, que se descubre en cada uno de los tres aspectos del sacramento: Sacrificio, Comunión y Presencia. Detengámonos en cada uno.

*El Sacrificio que une el Cielo y la tierra*

Jesús no sólo murió en la cruz por la humanidad, sino que «este sacrificio es tan decisivo para la salvación del género humano, que Jesucristo lo ha realizado y ha vuelto al Padre sólo después de habernos dejado el medio para participar de él, como si hubiéramos estado presentes. Así, todo fiel puede tomar parte en él obteniendo frutos inagotablemente»<sup>12</sup>.

Además, en la Misa participan los bienaventurados de la Gloria. Por eso «no es casualidad que en las anáforas orientales y en las plegarias eucarísticas latinas se recuerde siempre con veneración a la gloriosa siempre Virgen María, Madre de Jesucristo, nuestro Dios y Señor, a los ángeles, a los santos apóstoles, a los gloriosos mártires y a todos los santos. Es un aspecto de la Eucaristía que merece ser resaltado: mientras nosotros celebramos el sacrificio del Cordero, nos unimos a la liturgia celestial, asociándonos con la multitud inmensa que grita: «La salvación es de nuestro Dios, que está sentado en el trono, y del Cordero» (Ap 7, 10). La Eucaristía es verdaderamente un resquicio del cielo que se abre sobre la tierra. Es un rayo de gloria de la Jerusalén celestial, que penetra en las nubes de nuestra historia y proyecta luz sobre nuestro camino»<sup>13</sup>.

### *La intimidad con Jesús en la Comunión*

«He aquí que estoy a la puerta y llamo; si alguno escuchare mi voz y me abriera la puerta, entraré a él y cenaré con él y él conmigo» (Ap 3, 20). Estas palabras del Señor se pueden aplicar especialmente al banquete eucarístico y nos muestran ese deseo de intimidad que caracteriza todo amor de amistad. Pero hay que añadir una nueva dimensión a esa cena íntima con el Señor: «el pan que yo os daré —en ese banquete— es mi carne para la vida del mundo» (Jn 6, 51). Es el mismo Jesús quien se nos da como alimento de la vida sobrenatural: «Así como el Padre que me ha enviado vive, y Yo vivo por el Padre, así quien me come vivirá por Mí» (Jn 6, 57).

Es deseo de todos los enamorados identificarse con la persona amada, pero es imposible realizarlo plenamente en esta tierra debido a las limitaciones personales que producen siempre alguna distancia física o moral (pequeñas incomprendiones, roces, etc.). Ese mismo afán de compenetración es el que hace clamar a la madre ante su niño pequeño: «te comería a besos». Pues eso es lo que ocurre con el Señor, le comemos verdaderamente en la comunión y nos identificamos con Él. El mismo Jesús decía a San Agustín: «Yo soy el alimento de las almas grandes: crece y cómeme, porque no me cambiarás en ti como el alimento de tu cuerpo, sino que tú te cambiarás en Mí»<sup>14</sup>.

«El que come mi carne y bebe mi sangre en Mí permanece y yo en él» (Jn 6, 56). Estas palabras de Cristo nos muestran, además, que la intimidad con Jesús no es pasajera, sino duradera, destinada a prolongarse después de la Comunión.

El encuentro de Cristo con nosotros en la Comunión expresa también esa impaciencia amorosa por unirse con nosotros plenamente en la tierra, sin esperar al encuentro futuro en el Cielo. El amor tiene prisa y no puede aguardar. «Comulgar con el Cuerpo y con la

Sangre del Señor viene a ser, en cierto sentido, como desligarnos de nuestras ataduras de tierra y de tiempo para estar ya con Dios en el Cielo, donde Cristo mismo enjugará las lágrimas de nuestros ojos, y donde no habrá muerte, ni llanto, ni gritos de fatiga, porque el mundo viejo ya habrá terminado»<sup>15</sup>.

Jesús realiza la conversión del pan en su Cuerpo y del vino en su Sangre, por cada uno de nosotros. Este portento de la transustanciación, que tiene lugar en la consagración, ciertamente es único, pero también es múltiple: cada forma de pan se convierte en el cuerpo de Jesús para donarse como alimento a cada persona. Al comulgar, podemos, una vez más, decir con el apóstol: Cristo me ama y se entrega por mí.

Y no se conforma con dársenos, sino que además, por la Comunión de su Cuerpo y de su Sangre, Cristo nos comunica también su Espíritu. Podemos decir que el Espíritu Santo, a quien invocamos en la epiclesis de la Misa, nos da a Jesucristo, y Jesucristo nos da su Espíritu en esta renovación del Sacrificio de la Cruz. Justamente como hizo en el Calvario, en donde «entregó su Espíritu» (Jn 19, 30), palabras que, alegóricamente, significan la donación del Paráclito.

### *La proximidad de Cristo en el sagrario*

El Señor se queda reservado en el sagrario para acompañarnos, ayudarnos y consolarnos. No quiso ser sólo el compañero de los apóstoles y de los hombres y mujeres que vivieron con Él en Palestina hace dos mil años, sino que ha querido quedarse con cada uno de nosotros en el Santísimo Sacramento y así cumplir con fidelidad su promesa: «Yo estaré con vosotros siempre hasta el fin de los tiempos» (Mt 28, 20).

La amistad lleva al deseo de estar con el amigo, de estar próximo a él. El Señor después de su estancia en la tierra tenía que marcharse al Cielo. ¿Qué hace entonces? «Considerad la experiencia, tan humana, de la despedida de dos personas que se quieren. Desearían estar siempre juntas, pero el deber —el que sea— les obliga a alejarse. Su afán sería continuar sin separarse, y no pueden. El amor del hombre, que por grande que sea es limitado, recurre a un símbolo: los que se despiden se cambian un recuerdo, quizá una fotografía, con una dedicatoria tan encendida, que sorprende que no arda la cartulina. No logran hacer más porque el poder de las criaturas no llega tan lejos como su querer. Lo que nosotros no podemos, lo puede el Señor. Jesucristo (...), no deja un símbolo, sino la realidad: se queda Él mismo»<sup>16</sup>.

Dios, desde siempre, ha buscado acercarse al hombre. Ya habitaba entre los judíos en una tienda, la «tienda del encuentro». Y ahora Cristo está presente en el tabernáculo de la Eucaristía, para que podamos entrar en un íntimo coloquio con Él. El Sagrario es la suprema cátedra del amor divino. Junto a Jesús sacramentado podemos repetir las palabras del Apocalipsis: «Ésta es la morada de Dios con los hombres. Habitará con ellos y ellos serán su pueblo» (Ap 21, 3).

Hemos de valorar lo que supone un sagrario para la vida de la Iglesia y de cada cristiano. Cuenta Mons. Justo Mullor, que, cuando era Nuncio en México, consiguió un

cuadro piadoso de Boticelli, y lo puso en el pequeño oratorio de la nunciatura sobre un caballete junto al altar. Fue con motivo del viaje de Juan Pablo II a México en 1999. El Papa, al llegar, acompañó un buen rato al Señor en el oratorio. Al salir, el Nuncio le preguntó: «Santidad, ¿qué le ha parecido el Boticelli?». Le contestó: «Bien, pero un sagrario vale más que todos los museos del mundo».

## OTRAS PRUEBAS DEL AMOR DE DIOS

Podríamos añadir otras muestras palpables del amor personal que Dios tiene a cada uno de nosotros, como el darnos como madre a su propia Madre, a María, para que, desde el cielo, nos fortalezca, nos proteja, interceda por nosotros...

También, Dios, que nos ha creado para que vayamos al Cielo, da al cristiano una vocación, una llamada que supone un camino para ir a la Gloria. «La vocación enciende una luz que nos hace reconocer el sentido de nuestra existencia. Es convencerse, con el resplandor de la fe, del porqué de nuestra realidad terrena. Nuestra vida, la presente, la pasada y la que vendrá, cobra un relieve nuevo, una profundidad que antes no sospechábamos. Todos los sucesos y acontecimientos ocupan ahora su verdadero sitio: entendemos adónde quiere conducirnos el Señor, y nos sentimos como arrollados por ese encargo que se nos confía»<sup>17</sup>.

Esa llamada a seguirle por los caminos de la tierra o alejados del mundo es también una muestra del amor de Dios. La persona que la experimenta da una respuesta alegre, como hicieron el profeta Eliseo (cfr. 1 R 19, 19-21) y el apóstol Mateo (cfr. Lc 5, 29), que organizaron sendas fiestas de acción de gracias al ser llamados por Dios.

Y habría que agregar las múltiples pruebas del amor de Dios, que se manifiestan en la vida personal de cada uno.

Pero, ¿cómo compaginar todo este amor de Dios con el sufrimiento que también acontece en nuestra vida? ¿No parece como si entonces se oscureciera aquél? Es el momento de la prueba, en el que hay que echar mano de la fe, para poder decir como san Juan: «Nosotros hemos conocido y creído el amor que Dios nos tiene» (1 Jn 4, 16).

La fe, más todavía que creer que Dios existe es creer que Dios nos ama. Por eso te pedimos, Señor, la gracia de la fe en este infinito amor tuyo. La fe nos ayuda a entender que, cuando Dios Todopoderoso permite que suframos, también entonces nos quiere. Nosotros hemos conocido el amor de Dios, y ahora, ante el dolor, hemos de creer.

Es el misterio de la Cruz. En efecto, Jesús, el Hijo amado del Padre, sufriendo su Pasión y muerte en la Cruz, nos enseña que el dolor, que la misma muerte, no es un mal. Al contrario, es un bien y es una muestra del amor de Dios: «tanto amó Dios al mundo que le dio a su Unigénito Hijo, para que todo el que crea en Él no perezca, sino que tenga la vida eterna» (Jn 3, 16).

Nuestro sufrimiento es una participación en el de Cristo. ¡Cuántos bienes podemos conseguir a través de nuestro dolor!: progreso en virtudes, purificación de nuestros pecados, colaboración con Cristo en la salvación de las almas...

Después del atentado que Juan Pablo II sufrió el 13 de mayo de 1981, día de la Virgen de Fátima, Mons. Álvaro del Portillo le visitó en el hospital y le dijo: «Santidad, el atentado ha sido una caricia de la Virgen». Y el Papa le respondió: «Lo mismo pienso yo».

## II. CORRESPONDER AL AMOR DE DIOS

### DIOS NOS PIDE AMOR

Después de la segunda pesca milagrosa, «cuando hubieron comido, dijo Jesús a Simón Pedro: Simón, hijo de Juan, ¿me amas más que éstos?» (Jn 21, 15). Tras la respuesta de Pedro, otras dos veces le volvió a preguntar: «Simón, hijo de Juan, ¿me amas?» (Jn 21, 16-17).

La pregunta de Jesús a Pedro, es una pregunta actual, que Dios hace a cada uno. Debe plantearse en todas partes y siempre. Jesús tiene derecho a preguntarnos y a pedirnos amor, porque Él nos amó primero, hasta el fin, hasta dar su vida por nosotros.

El amor a Dios es la razón de nuestra existencia, y pertenece a nuestra esencia, porque Dios nos ha hecho libres para que correspondamos a su amor. En efecto, Dios crea por pura Bondad, y sólo quiere amor, reciprocidad. Y de ese amor sólo la libertad es capaz. El ejercicio máximo de la libertad está en el amor a otros: me constituí libre cuando quiero el bien para los demás. Querer el bien para mí, eso no es libertad, eso es necesidad. Por ello Dios hace al hombre libre para establecer con Él una relación de amistad. El sentido de mi libertad es poder corresponder al amor de Dios. El fin de la Creación es traer a la vida personas capaces de amar a Dios, como Dios ama, con libertad<sup>18</sup>.

### LA RESPUESTA DE PEDRO. MI RESPUESTA

Pedro respondió al Señor: —«Señor, tú lo sabes todo, tú sabes que te amo». ¿Cómo respondo yo a esa pregunta?

Oí contar que un matrimonio fue a visitar a un sacerdote con fama de santidad, con el fin de recibir ánimos y consejos para su vida cristiana. En ocasiones parecidas solía preguntar al marido o a la mujer si quería a su cónyuge como era, con sus defectos incluidos, para hacerles ver que el auténtico amor no se detiene ante las deficiencias. Esa vez se dirigió a la mujer y le interrogó: «¿Quieres a tu marido?» Y antes de que añadiera, pero ¿con sus defectos?, la esposa respondió: «Mire, yo me casé con mi marido por conveniencia. Era un buen partido, y mi vida la tenía asegurada. Mis padres y los suyos estaban conformes con nuestro enlace. Pero después de la boda, mi esposo cada día me hacía un pequeño obsequio: una flor, un pañuelo, un perfume... ¿Cómo no iba a acabar enamorándome?»



Pues mucho más ha hecho y hace Dios conmigo. Me ha creado, me ha hecho hijo suyo, me ha redimido, me perdona continuamente, se me da en la Comunión... ¿Cómo no voy a exclamar: «Sí, Señor, tú lo sabes todo, tú sabes que te quiero?»

Juan Pablo II evocaba así su llamada al Papado: «En el día de mi elección sentía en mi espíritu el eco de la pregunta dirigida entonces a Pedro: “¿Me amas más que éstos?” ¿Cómo podía no temblar humanamente hablando? ¿Cómo no podía pesarme una responsabilidad tan grande? (...) Hoy, queridos hermanos y hermanas, me es grato compartir con vosotros una experiencia que dura ya desde hace un cuarto de siglo. Cada día revivo en mi corazón el mismo diálogo entre Jesús y Pedro. En mi espíritu, contemplo la mirada benévola de Cristo resucitado. Él, a pesar de que es consciente de mi fragilidad humana, me alienta a responder con confianza como Pedro: “Señor, tú lo sabes todo; tú sabes que te quiero”»<sup>19</sup>.

También nosotros podemos utilizar esta declaración de amor, como una jaculatoria, frecuente en nuestros labios y en nuestro corazón.

¿Pero el amor a Dios se reduce a los sentimientos? «Los sentimientos van y vienen. Pueden ser una maravillosa chispa inicial, pero no son la totalidad del amor. (...) Es propio de la madurez del amor que abarque todas las potencialidades del hombre e incluya, por así decir, al hombre en su integridad. El encuentro con las manifestaciones visibles del amor de Dios puede suscitar en nosotros el sentimiento de alegría, que nace de la experiencia de ser amados. Pero dicho encuentro implica también nuestra voluntad y nuestro entendimiento. (...) *Idem velle, idem nolle*, querer lo mismo y rechazar lo mismo, es lo que los antiguos han reconocido como el auténtico contenido del amor: hacerse uno semejante al otro, que lleva a un pensar y desear común»<sup>20</sup>.

## AMAR A DIOS, LA MAYOR FELICIDAD

El beneficio de amar a Cristo es nuestro. Lo expresa de manera magistral san Agustín: «Nos hiciste, Señor, para ti, y nuestro corazón está inquieto hasta que descansa en ti»<sup>21</sup>. El ansia de infinitud del hombre sólo la puede saciar el ser infinito que es Dios.

¿Cómo se emocionaba Juan Pablo II en Tor Vergata el año 2000 hablando a los jóvenes!: «En realidad, es Jesús a quien buscas cuando sueñas con la felicidad. Él te está esperando cuando no te satisface nada de lo que encuentras. Él es la belleza que tanto te atrae. Él es quien hace nacer en ti esa sed de radicalidad que te impide ser un conformista (...) Es Jesús quien suscita en ti ese deseo de hacer algo grande con tu vida; ese afán por seguir un ideal; ese rechazo a dejarte atrapar por la mediocridad»<sup>22</sup>.

Amar a Dios es lo único que verdaderamente importa al hombre. Sin el amor de Dios nuestra vida queda vacía, no tiene sentido. El gran fracaso es no haber sabido amar.

## LA ALEGRÍA DE PODER AMAR

Cuenta Michael Ende en *La Historia Interminable* que Bastián, el protagonista, un niño regordete, bajo y apocado, huérfano de madre, tras una serie de peripecias llega al país de la Fantasía para salvar a la Emperatriz infantil enferma. Y con ello salva a todo el país. En agradecimiento, la Emperatriz le dona una preciosa alhaja que guarda el poder de cumplir todos los deseos de Bastián. En el reverso, el amuleto tiene una inscripción que dice: «Haz lo que quieras». El niño va pidiendo todos los deseos que se le ocurren que el talismán le concede, y lo va convirtiendo en un ser poderoso, malo y sin amor, hasta que después de una derrota recapacita y cae en la cuenta del camino erróneo recorrido. Su remedio está en volver a ser quien era, que consigue al beber al límite, el Agua de la Vida, que le devuelve la alegría y el poder de amar.

El cuento encierra una moraleja: la felicidad no se consigue con una vida cómoda, con ser famoso, con satisfacer la ambición personal... ¡Es el amor el que nos hace felices! Porque el amor nos libera del egoísmo y nos lleva a Jesucristo, única fuente viva del Amor verdadero. Las otras aguas son siempre cisternas vacías, que nunca quitan la sed.

Es la experiencia de cada hombre, la que tuvo Abderramán III, uno de los personajes más influyentes de su tiempo, que gozó de todo tipo de honores, fama, poder, placeres... Gran califa de Córdoba, reinó durante unos cincuenta años. Contabilizó el número de días de su vida que había sido feliz, y, al final de su existencia, a los ochenta años, sólo sumaban catorce.

## EL AMOR A DIOS NUNCA DEFRAUDA

El amor a Dios «no es un amor cualquiera: es el Amor. Aquí no se dan traiciones, ni cálculos ni olvidos. Un amor hermoso, porque tiene como principio y como fin el Dios tres veces Santo que es toda la Hermosura y toda la Bondad y toda la Grandeza»<sup>23</sup>. Cuántas veces, especialmente en estos tiempos actuales, la felicidad que proporciona el amor humano se frustra por la traición. Y cuántas más veces hay cálculos debidos al egoísmo, y olvidos motivados por la falta de sensibilidad. No ocurre así con Dios, que es siempre fiel, que nos ama sin medida, y que está pendiente continuamente de nosotros. Por otro lado, cuando una persona quiere a otra, es como consecuencia de ser atraída por su belleza, por su bondad, por su inteligencia, por su simpatía... En definitiva, por sus cualidades, pero que, además de ser limitadas, están mezcladas con imperfecciones. Por el contrario, Dios es toda la Hermosura, toda la Bondad, toda la Sabiduría, toda la Grandeza y toda Perfección y todo ello sin límites ni defectos. Verdaderamente el amor a Dios, es el amor hermoso del que habla la Sagrada Escritura (Ecclo 24, 24).

Qué bien se aplica a Dios la letra de la canción de Gloria Stephan: «Hay amores que se esfuman con los años, / hay amores que su llama sigue viva, / los inciertos que son rosa y son espina, / y hay amores de los buenos como tú».

Cómo se comprende el mensaje de una de las homilías del Fundador del Opus Dei: «No estamos destinados a una felicidad cualquiera porque hemos sido llamados a penetrar en la intimidad divina, a conocer y amar a Dios Padre, a Dios Hijo y a Dios

Espíritu Santo y, en la Trinidad y en la Unidad de Dios, a todos los ángeles y a todos los hombres»<sup>24</sup>. Todos buscamos la máxima felicidad. Mucha gente desea la calidad de vida de los que parecen poseerla más: los ricos, los grandes deportistas, las estrellas de cine, etc. Por otro lado, Dios es infinitamente feliz y quiere hacernos felices: «el Padre eterno (...) decidió elevar a los hombres a participar de la vida divina»<sup>25</sup>. Por ser hijos de Dios participamos de la calidad de vida de nuestro Padre Dios, como los hijos participan de la de sus progenitores: casa, alimentos, vestidos, diversiones, etc.

No estamos destinados, pues, a una felicidad cualquiera, sino que estamos llamados a la *felicidad de Dios*. Es ya un adelanto del Cielo, como dice el Santo cura de Ars comunicándonos su experiencia. «Sí, nuestra ocupación aquí en la tierra es la de amar a Dios: es decir, comenzar a practicar lo que haremos por toda la eternidad. ¿Por qué hemos de amar a Dios? Pues porque nuestra felicidad consiste y no puede consistir en otra cosa, que en el amor de Dios. De manera que si no amamos a Dios, seremos constantemente desgraciados; y si queremos disfrutar de algún consuelo y de alguna suavidad en nuestras penas solamente lo lograremos recurriendo al amor de Dios. Si queréis convenceros de ello, id a buscar al hombre más feliz según el mundo; si no ama a Dios, veréis cómo en realidad no deja de ser un gran desgraciado. Y, por el contrario, si os encontráis con el hombre más infeliz a los ojos del mundo, veréis, cómo amando a Dios, resulta dichoso en todos los conceptos».

Una fórmula estupenda para actualizar esta felicidad, aun en las contrariedades, es decir al Señor, con San Josemaría Escrivá: «Sabiedo que te quiero y que me quieres, lo demás nada me importa. Todo va bien»<sup>26</sup>. Y así sentiremos continuamente la fuerza del amor y estaremos siempre contentos.

## AMAR A DIOS CADA VEZ MÁS

Espera Dios que le amemos con todo el corazón, con toda el alma, con toda la mente. Dios es un amante celoso: lo quiere todo.

Hemos de amar sin medida, desde la salida del sol hasta el ocaso. Y también en la noche, mientras dormimos. Nuestro sueño también es de Dios, espacio para el amor. El amor de Dios es como un océano, un mar sin límite y sin fondo. Jamás podremos los hombres amar a Dios tanto como Él nos ama. Pero es hermoso que sea así: que el don sea siempre mucho mayor que la correspondencia humana.

### III. EL DON DEL AMOR A DIOS

Cuando un montañero pretende escalar una cumbre difícil, suele buscarse el auxilio de un guía. Edmund Hillary, el primer hombre que ascendió al Everest, en 1953, lo logró con la colaboración del Serpa Tensing. Se requiere la ayuda del guía y el esfuerzo del escalador. De modo análogo, subir a la cima del amor a Dios lleva consigo una ayuda y un esfuerzo, es un don y una tarea. Pero aquí el auxilio, la gracia de Dios, es mucho más importante que el empeño personal.

Tres son las vías por las que nos viene esa gracia: la Humanidad Santísima de Jesús, la Virgen María y el Espíritu Santo. Y nuestra tarea podríamos resumirla también en tres aspectos: recorrer las etapas previas para amar a Cristo —buscarle, encontrarle y tratarle —, liberarnos de las ataduras que impiden el amor al Señor, y manifestar con obras ese amor.

#### LA HUMANIDAD SANTÍSIMA DE JESÚS

La Humanidad del Señor es más que el mejor de los guías para ascender a la cumbre del amor de Dios. Él mismo se hace camino andador. El Hijo de Dios, la segunda Persona de la Santísima Trinidad, se hizo hombre. Con su Humanidad, nos reveló al Padre, al que nadie vio jamás. «Quien me ve a mí, ve al Padre» (Jn 14, 9).

San Agustín dice: «Y yo buscaba el camino para adquirir un vigor que me hiciera capaz de gozar de Ti y no lo encontraba, hasta que me abracé al mediador entre Dios y los hombres, Cristo Jesús, hombre también Él, el cual está por encima de todas las cosas, Dios bendito por los siglos, que me llamaba y me decía: yo soy el Camino, la Verdad y la Vida»<sup>27</sup>.

Para comprender mejor lo que supone para el ser humano la Encarnación podemos acudir a una comparación. Se ha llevado al cine —«El milagro de Ana Sullivan»— la historia de una niña sordomuda y ciega, que se llamaba Hellen Keller. Como crecía en estado semisalvaje, prácticamente incomunicada con su entorno, contratan a una institutriz —Ana Sullivan— para que la eduque. Aunque al principio es rechazada violentamente por la niña, poco a poco con paciencia y cariño se va ganando su confianza y empieza a comunicarse con ella a través del tacto. Llega a enseñarle a hablar, y Hellen consiguió incluso un título universitario.

La situación del hombre respecto a Dios, antes de la venida de Jesús, era semejante a la de la niña sordomuda y ciega respecto al mundo exterior. En efecto, nuestro conocimiento comienza a través del uso de los sentidos, según dice el adagio: «Nada está en el intelecto que no haya estado antes en los sentidos». Y siendo así que Dios es puro

Espíritu no podemos conocerle, a no ser por las huellas que ha dejado en sus criaturas, porque: «desde la creación del mundo, lo invisible de Dios, su eterno poder y divinidad son conocidos mediante sus obras» (Rom 1, 20). De este modo llegamos a un conocimiento cierto de la existencia de Dios, y de algunos de sus atributos, pero muy limitado. Por eso Dios se encarna, se hace visible, toma nuestra humanidad, para que lo podamos conocer a través de ella. Por su humanidad llegamos a la divinidad.

«Todo lo que es y hace en la naturaleza humana pertenece a “uno de la Trinidad”. El Hijo de Dios comunica, pues, a su humanidad su propio modo personal de existir en la Trinidad. Así, en su alma como en su cuerpo, Cristo expresa humanamente las costumbres divinas de la Trinidad. El Hijo de Dios... trabajó con manos de hombre, pensó con inteligencia de hombre, obró con voluntad de hombre, amó con corazón de hombre. Nacido de la Virgen María, se hizo verdaderamente uno de nosotros, en todo semejante a nosotros, excepto en el pecado»<sup>28</sup>.

Jesús, con sus obras humanas, está manifestando al modo humano el modo de ser de Dios, cómo es su omnipotencia, su justicia, su misericordia, etc. Por ejemplo, guiado por su misericordia, utiliza su poder en favor de los hombres, haciendo numerosos milagros. No lo usa en beneficio propio para convertir las piedras en panes cuando siente hambre (cfr. Mt 4, 4), ni para bajar de la cruz (cfr. Mt 27, 39-44). Tampoco lo emplea para castigar a los hombres (cfr. Lc 9, 54-55).

No conocemos el aspecto físico del Señor por la Sagrada Escritura, aunque la tradición piadosa que venera la Sábana Santa de Turín aporta muchos detalles. Pero los evangelios describen la personalidad atrayente de Jesús, que arrastraba a los discípulos y a las muchedumbres, y embelesaba a los niños. También sabemos que era fuerte, pues realizó grandes caminatas. Y junto a eso, el Señor se cansaba, sentía sed, tenía hambre, padecía sueño, y lloró por la muerte de Lázaro, el amigo querido. Además sintió en Getsemaní angustia y miedo ante su Pasión y Muerte, hasta permitir que un ángel —una criatura— le consolase.

«Vemos que Jesús es fuerte y al mismo tiempo débil. Fuerte, porque al principio era el Verbo, y el Verbo estaba en Dios y el Verbo era Dios. (...) Todo se hizo por Él y sin Él nada se hizo, y sin cansancio alguno lo hizo todo. ¿Qué fortaleza, pues, mayor que la de Aquel que lo hizo todo sin sombra de fatiga? ¿Quieres ahora conocer su debilidad?: “El Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros”. La fortaleza de Cristo te creó; la debilidad de Cristo te redimió. La fortaleza de Cristo hizo que lo que no era existiese, la debilidad de Cristo hizo que lo que ya existía no pereciese. Nos hizo con su fortaleza y nos salvó con su debilidad»<sup>29</sup>.

Al Señor se le pueden aplicar, más que a nadie, las palabras del viejo Cremes en la obra de Terencio, «El torturador de sí mismo»: «Soy hombre y nada de lo humano me es ajeno».

Cuánta ayuda podemos recibir al meditar la Humanidad del Señor. «Cuando nos cansemos —en el trabajo, en el estudio, en la tarea apostólica—, cuando encontremos cerrazón en el horizonte, entonces, los ojos a Cristo: a Jesús bueno, a Jesús cansado, a Jesús hambriento y sediento. ¡Cómo te haces entender, Señor! ¡Cómo te haces querer!

Te nos muestras como nosotros en todo, menos en el pecado: para que palpemos que contigo podemos vencer nuestras malas inclinaciones, nuestras culpas. Porque no importan ni el cansancio, ni el hambre, la sed y las lágrimas... Cristo se cansó, pasó hambre, estuvo sediento, lloró. Lo que importa es la lucha —una contienda amable, porque el Señor permanece siempre a nuestro lado— para cumplir la voluntad del Padre que está en los cielos»<sup>30</sup>.

Esta Humanidad del Señor que veneramos en el Evangelio no es algo pasado que tomó el Verbo sino también algo actual: «Jesucristo es el mismo, ayer y hoy y siempre» (Hbr 13, 8). Resucitó y, cuando se aparece a los Apóstoles les dice: «Palpad y ved; porque los espíritus no tienen carne ni huesos como veis que yo tengo». Diciendo esto les mostró las manos y los pies. No creyendo aún ellos, en fuerza del gozo y de la admiración, les dijo: «¿Tenéis algo que comer?» Le dieron un trozo de pez asado, y tomándolo comió delante de ellos (Lc 24, 39-42). Para que esta verdad quedara clara perpetuamente, el segundo Concilio de Constantinopla (a. 381) condenó como herética la doctrina de Marcelo de Ancira, según la cual el Verbo encarnado depondría al fin de los tiempos su naturaleza humana para volverse a Dios.

La distancia infinita del hombre con respecto a Dios quedó eliminada con la Encarnación del Verbo. La Humanidad de Cristo nos iguala con Él y nos permite ser sus íntimos. «Ya no os llamo siervos, porque el siervo no sabe lo que hace su señor; os digo amigos, porque todo lo que oí de mi Padre es lo he dado a conocer» (Jn 15, 15). Podemos ser amigos de Dios, porque el Verbo se ha abajado a nuestro nivel. Pero, además, la reciprocidad que lleva consigo esa amistad también se hace posible por nuestra parte, porque Jesús, al darnos su Espíritu, nos eleva hacia Él y nos diviniza.

## LA VIRGEN, ATAJO HACIA JESÚS

Jesús nos dio como madre a su propia Madre para facilitarnos también nuestro amor a Dios. «Estaban junto a la cruz de Jesús, su Madre y la hermana de su Madre, María de Cleofás, y María Magdalena. Jesús, viendo a su Madre y al discípulo que amaba, que estaba allí, dijo a la madre: Mujer, he ahí a tu hijo. Luego dijo al discípulo: He ahí a tu madre. Y desde aquella hora el discípulo la recibió en su casa» (Jn 19, 25-27). La Iglesia ha interpretado que en San Juan estábamos representados todos los hombres.

¿Qué abarca esta maternidad de María? S. Pío X nos da la respuesta cuando comenta por qué la mujer del capítulo 12 del Apocalipsis —la Virgen— está todavía de parto, aunque está en el Cielo. «¿Qué alumbramiento? El nuestro seguramente; el de nosotros, que retenidos todavía en este destierro, tenemos necesidad de ser engendrados en el perfecto amor de Dios y en la eterna felicidad».

Por otro lado, el amor a la Virgen nos lleva a amar más a su Hijo, y amar a la Virgen nos resulta muy fácil porque sabemos que la madre —y ella es la madre por excelencia— nos quiere con todo su corazón.

¡Cómo quieren los hijos a su madre de la tierra! ¡Mamá, qué contenta estoy de que seas mi mamá! —decía una niña jugando con su madre y contándose cosas—. Fue una escena que emocionó a un amigo yendo de viaje. Así también nosotros decimos a María: Madre, qué contento estoy de que seas mi madre tú, que eres la Madre de Dios...

En la tarea de buscar y contemplar el rostro de Cristo, buen sistema es contemplar a Cristo con los ojos de María. Ella es modelo para esa contemplación que podemos realizar a través de la consideración de los misterios del Santo Rosario.

## EL ESPÍRITU SANTO Y EL AMOR A DIOS

Antes de la Encarnación el hombre tenía un corazón duro, con poca capacidad de amar, pero, Dios, que había hecho una antigua Alianza con el pueblo elegido, prometió una nueva Alianza que se cumpliría en Jesucristo. Esa nueva Alianza, supondrá, por obra del Espíritu Santo, cambiar nuestro corazón y hacerlo capaz de amar a Dios con un corazón nuevo y un espíritu nuevo.

En la Última Cena, el Señor promete: «Yo rogaré al Padre y os dará otro Abogado — el Espíritu Santo— que estará con vosotros para siempre» (Jn 14, 16). Y ello será realidad tras su marcha a los cielos.

Es el Espíritu Santo que llevamos en nosotros el que nos da el amor a Dios que deseamos: «El amor a Dios se ha difundido en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos ha sido dado» (Rom 5, 5). Al tener el Espíritu Santo, Amor que procede del Padre y del Hijo, poseemos el Amor de Dios y nos capacitamos para amar a Dios como el Padre ama al Hijo y como el Hijo ama al Padre, es decir con un amor digno de Dios, con un amor sobrenatural, y no con ese pobre amor que corresponde a nuestra débil naturaleza humana.

¡Qué maravilla! Dios inhabita en nuestra alma en gracia: «¿No sabéis que sois templos de Dios y el Espíritu Santo habita en vosotros?» (1 Cor 3, 16).

El hombre está como «transistorizado» respecto a Dios (Pablo VI). En efecto, los transistores en la radio son capaces de captar y reproducir las ondas que las palabras de un locutor de radio producen en un estudio. Esas mismas ondas impactan con muchas cosas como las paredes del locutorio, pero éstas no las reproducen. Análogamente pasa entre Dios y el hombre. El Creador está en todas partes con una presencia de inmensidad; pues bien, sólo el hombre, entre los seres del mundo visible, es capaz de hacerse con Dios, de conectar con Dios. Cuando el alma está en gracia lo alcanza a través del conocimiento y del amor sobrenatural con una presencia de inhabitación.

Es el gran descubrimiento de los santos. San Agustín clama: «¡Tarde te amé, Belleza tan antigua y tan nueva, tarde te amé! Tú estabas dentro de mí y yo había salido fuera de mí y te buscaba por fuera»<sup>31</sup>. Y llega a decir: «Dios me es más íntimo que mi misma intimidad»<sup>32</sup>.

Para amar a Dios es preciso poseer al Espíritu Santo. En esta posesión caben muchos grados antes de llegar a la plenitud. Las venidas del Paráclito sobre los Apóstoles fueron muchas y espaciadas. Basta recordar la primera, cuando Jesús se apareció en el Cenáculo el día de su resurrección y les dijo soplando sobre ellos: «Recibid el Espíritu Santo» (cfr. Jn 20, 22), y la del día de Pentecostés en el mismo Cenáculo, cuando se posaron sobre ellos como lenguas de fuego y quedaron llenos del Consolador (Cfr. Hch 2,3-4). Así, en nuestra vida, el Espíritu Santo nos visita en diversas ocasiones, como sabemos también por experiencia personal.

Jesús nos ha conseguido el envío del Espíritu Santo. Aunque el Espíritu es un Don — precisamente uno de sus nombres es el de Don—, y es, por tanto, gratuito, podemos y debemos hacer de nuestra parte para atraer ese Don. No hemos de olvidar que el Paráclito es fruto de la Cruz. Ésa es la interpretación mística de la muerte de Cristo en la Cruz: «inclinando la cabeza, entregó su Espíritu» (Jn 19, 30), avalada por el hecho que después de la lanzada saliese agua y sangre de su costado herido. «El agua que sale del costado traspasado de Jesús es vista por Juan como el cumplimiento de la promesa sobre los ríos de agua viva que brotarían de su seno y como signo del Espíritu que recibirían los que creyeran en Él (cfr. Jn 7, 39). Lo que fue la paloma en el Bautismo de Jesús (cfr. Jn 1, 32), es ahora el agua en este bautismo de la Iglesia; es decir, un símbolo visible de la realidad invisible del Espíritu. Tenemos una confirmación explícita de ello en el mismo evangelista, cuando, refiriéndose ciertamente, a este momento, habla de las tres cosas que dan testimonio de Jesús: el Espíritu, el agua y la sangre (1 Jn 5, 8). El agua y la sangre son los vehículos sacramentales a través de los cuales el Espíritu actuará en la Iglesia, o, sencillamente, los símbolos de su efusión acaecida sobre la Iglesia»<sup>33</sup>.

Para recibir el Espíritu Santo acudimos a los sacramentos, especialmente a la Eucaristía, renovación sacramental de ese sacrificio de la Nueva Alianza, en donde se nos da junto con el Cuerpo de Cristo su Espíritu.

La oración de petición es otro medio para conseguir el Santo Espíritu. «Pedid y recibiréis, buscad y hallaréis, llamad y se os abrirá; porque quien pide recibe, y quien busca halla, y al que llama se le abre. ¿Qué padre entre vosotros si un hijo le pide un pan le dará una piedra? ¿O si le pide un pez, le dará en vez de un pez una serpiente? ¿O si le pide un huevo le dará un escorpión?» Y el Señor concluye: «Si vosotros, pues, siendo malos, sabéis dar cosas buenas a vuestros hijos, ¿cuánto más vuestro Padre celestial dará el Espíritu Santo a los que se lo piden?» (Lc 11, 13).

Pedir a Dios el Espíritu Santo es una oración segura. Es el ejemplo de buena petición que nos pone Jesús. No cabe, pues, que no seamos atendidos, como ocurre a veces cuando solicitamos en nuestra oración cosas que, aunque aparentemente son buenas para nosotros, Dios sabe que no nos convienen. Recemos, por consiguiente, con fe, oraciones tan enraizadas en la Iglesia como: «Ven, oh Santo Espíritu, llena los corazones de tus fieles y enciende en ellos el fuego de tu amor». Sólo Él puede colmar el ansia de plenitud que tenemos en nuestros pobres corazones, sólo Él nos puede ayudar a entender con todos los santos cuál es la anchura y la longitud, la altura y profundidad, del amor de Cristo que excede a todo conocimiento (cfr. Ef 3, 18-19).



## IV. ETAPAS PARA AMAR A DIOS

Amar a Dios es, sobre todo, un don del mismo Dios, pero es también una tarea, la gran meta a alcanzar: porque «¿a mí que más me da que uno sepa todo sobre el amor, si no está enamorado?» (Kierkegaard).

Para llegar a enamorarnos de Cristo, san Josemaría Escrivá propone tres etapas: buscarle, encontrarle y tratarle.

### BUSCAR A CRISTO

Los pastores de Belén fueron los primeros personajes que buscaron a Jesús, ya el mismo día de su nacimiento, y lo encontraron a pesar de la oscuridad de la noche. Después unos magos, desde el lejano Oriente, indagaron dónde estaba el Niño Dios y lo hallaron con la ayuda divina de una estrella.

Andrés y Juan, discípulos del Bautista, buscaban al Mesías y lo encontraron a través del mismo Precursor. Unos griegos manifestaron su deseo de ver a Jesús al apóstol Felipe y éste les facilitó el encuentro con Él. En otros casos, es el mismo Jesús el que se hace el encontradizo con los que lo buscan. Así ocurre con Zaqueo, que quería ver al Señor y no sólo le vio, sino que tuvo la dicha de recibirle en su casa por iniciativa del mismo Mesías. Y cuando María Magdalena buscaba el cadáver del Señor lo descubre vivo, porque Jesús resucitado sale a su encuentro.

De forma parecida ha ocurrido en la vida de tantos hombres y mujeres a lo largo de la historia, y así acontece también con nosotros. Cuentan que un sevillano pidió con mucha fe a nuestro Padre Jesús del Gran Poder, del que era muy devoto, la curación de un pariente suyo que había enfermado gravemente. A pesar de sus oraciones, el pariente murió. Entonces se enfadó con el Señor: «Desde ahora no quiero saber nada contigo. En todo caso, tú tendrás que venir a buscarme.» Al año siguiente, en la madrugada del Viernes Santo, durante el recorrido de la procesión de Jesús del Gran Poder, empezó a llover con fuerza y tuvieron que refugiar el paso en la primera casa que encontraron con patio cubierto. Esa casa era precisamente la de aquel hombre, que, impresionado, volvió de nuevo a Dios: ciertamente Jesús había ido a buscarle.

### ENCONTRAR A CRISTO

El que busca al Señor lo encuentra; incluso, a veces, se le halla sin buscarle, porque sale a nuestro paso, como acabamos de ver.

«No se comienza a ser cristiano por una decisión ética o una gran idea, sino por el encuentro con un acontecimiento, con una Persona, que da un nuevo horizonte a la vida y, con ello, una orientación decisiva»<sup>34</sup>.

El hallazgo del Señor, cuando es auténtico, marca nuestra vida, la cambia radicalmente mediante una conversión profunda y nos impulsa a su seguimiento. Esto, naturalmente, depende de la respuesta libre de cada persona, que sólo es acertada cuando lleva consigo ese acompañamiento de Jesús.

Preguntaban al guitarrista Narciso Yepes:

«—¿Siempre ha tenido usted esa fe religiosa que ahora tiene?

—No. Mi vida de cristiano tuvo un largo paréntesis de vacío que duró un cuarto de siglo. Me bautizaron al nacer, y ya no recibí ni una sola noción que mostrase y alimentase mi fe... ¡Con decirle que comulgué por primera vez a los veinticinco años! Desde 1927 hasta 1951, yo no practicaba, ni creía, ni me preocupaba lo más mínimo que hubiera o no una vida espiritual y una trascendencia y un más allá. Dios no contaba en mi existencia. Pero... luego pude saber que yo siempre había contado para Él. Fue una conversión súbita, repentina, inesperada... y muy sencilla. Yo estaba en París, acodado en un puente del Sena, viendo fluir el agua. Era por la mañana. Exactamente, el 18 de mayo. De pronto le escuché dentro de mí... Quizás me había llamado en otras ocasiones, pero yo no le había oído. Aquel día yo tenía “la puerta abierta”... y Dios pudo entrar. No sólo se hizo oír sino que entró de lleno y para siempre en mi vida.

—Dice usted que “le escuchó”, que “se hizo oír”... ¿he de entender, Narciso, que usted, allí junto al Sena, “oyó” palabras?

—Sí, claro. Fue una pregunta, en apariencia, muy simple: “¿Qué estás haciendo?” En ese instante todo cambió para mí. Sentí la necesidad de plantearme por qué vivía, para quién vivía... mi respuesta fue inmediata. (...) Y ya desde aquel momento nunca he dejado de saber que soy criatura de Dios, hijo de Dios... Un hombre con una cita de eternidad que se va tejiendo y recorriendo ya aquí en compañía de Dios. Así como hasta entonces Dios no contaba para nada en mi vida, desde aquel instante no hay nada en mi vida, ni lo más trivial, ni lo más serio, en lo que yo no cuente con Dios. Y eso en lo que es alegre y en lo que es doloroso, en el éxito, en el trabajo, en la vida familiar»<sup>35</sup>.

Hallamos a Jesús en encuentros, más o menos extraordinarios, como el de Yepes, pero, más normalmente, en la vida diaria, a través de la cruz, en la lectura del Evangelio y, sobre todo, en la Eucaristía.

Como Simón de Cirene, a la vuelta de su granja, al encontrar la cruz encontramos a Cristo, y es que Dios, que sale a nuestro paso entre sombras, y nos susurra y habla a la conciencia en tantas ocasiones, nos grita mediante el dolor: es su megáfono para despertar a un mundo sordo<sup>36</sup>. La cruz destroza la ilusión de que todo marcha bien, acaba con el sueño de la autosuficiencia y nos ayuda a descubrir Aquel que es nuestra razón de ser.

También encontramos al Señor en los evangelios —su biografía— que, tras su Resurrección, se ha hecho eternamente actual. La meditación de los pasajes de su vida facilita nuestro diálogo con Él y constituye parte importante de la oración mental que todo cristiano debe hacer.

Finalmente en la Eucaristía está Cristo vivo, con su Cuerpo y con su Sangre, con su Alma y Divinidad. Ahí le encontramos inigualablemente y tenemos ocasión de tratarle de forma singular.

Buscar a Dios y encontrarle es lo que da sentido a nuestra vida «“Señor, busco tu rostro” (Sal 26, 8). El antiguo anhelo del salmista no podía recibir una respuesta mejor y sorprendente más que en la contemplación del rostro de Cristo. En Él Dios nos ha bendecido verdaderamente y ha hecho “brillar su rostro sobre nosotros” (Sal 66, 3)<sup>37</sup>».

Con la fe hemos de contemplar el rostro de Cristo a lo largo de su vida; mirarle embelesados el día de su nacimiento; observarle en el taller de Nazaret; clavar los ojos en Él cuando se apiada de la muchedumbre y multiplica los panes y peces, cuando cura enfermos, cuando adoctrina... «La contemplación del rostro de Cristo nos lleva así a acercarnos al aspecto más paradójico de su misterio, como se ve en la hora extrema, la hora de la Cruz. Misterio en el misterio ante el cual el ser humano ha de postrarse en adoración.

Pasa ante nuestra mirada la intensidad de la escena de la agonía en el huerto de los Olivos. Jesús, abrumado por la previsión de la prueba que le espera, solo ante Dios, lo invoca con su habitual y tierna expresión de confianza: “¡Abbà, Padre!”. Le pide que aleje de Él, si es posible, la copa del sufrimiento (cfr. Mc 14, 36). Pero el Padre parece que no quiere escuchar la voz del Hijo. Para devolver al hombre el rostro del Padre, Jesús debió no sólo asumir el rostro del hombre, sino cargarse incluso del “rostro del pecado”. “Quien no conoció pecado, se hizo pecado por nosotros, para que viniésemos a ser justicia de Dios en Él”» (2 Co 5, 21). (...)

«Pero esta contemplación del rostro de Cristo no puede reducirse a su imagen de crucificado. ¡Él es el Resucitado! Si no fuese así, vana sería nuestra predicación y nuestra fe (...). La Iglesia mira ahora a Cristo Resucitado. Lo hace siguiendo los pasos de Pedro, que lloró por haberle renegado y retomó su camino confesando, con comprensible temor, su amor a Cristo: “Tú sabes que te quiero” (Jn, 21, 15.17). Lo hace unida a Pablo, que lo encontró en el camino de Damasco y quedó impactado por él: “Para mí la vida es Cristo, y la muerte, una ganancia” (Flp 1, 21).

Después de dos mil años de estos acontecimientos la Iglesia los vive como si hubieran sucedido hoy. En el rostro de Cristo ella, su Esposa, contempla su tesoro y su alegría. “*Dulcis Iesu Memoria, dans vera cordis gaudia*”: ¡Cuán dulce es el recuerdo de Jesús, fuente de verdadera alegría del corazón!»<sup>38</sup>.

## TRATO CON JESÚS EN LA COMUNIÓN

Para querer a una persona es necesario conocerla y tratarla. Así ocurre en el noviazgo y en el matrimonio, en la amistad. También sucede con Jesús. Nuestro trato con Él, particularmente en la Comunión, produce y aumenta nuestro amor hacia su Persona.

El Beato Manuel González, cuando era Obispo de Málaga, en una de sus incesantes visitas a las catequesis de su diócesis, preguntó a los niños por qué, para querer a Jesús, había que recibirlo a menudo en la Comunión. Nadie acertaba. Al fin, un gitanillo tiznado y lleno de mugre, contestó: «Porque para quererlo hay que *rosarlo*». Nosotros le rozamos, del modo más entrañable, en la Sagrada Comunión.

En este sacramento, llegamos al trato más íntimo con Cristo que se prolonga a través del tiempo y de la eternidad: «Quien come mi carne y bebe mi sangre permanece en mí y yo en él» (Jn 6, 56). Esa compenetración, deseo de todo enamorado respecto a la persona que ama, llega a ser tal que, si no ponemos obstáculos, podemos llegar a decir, con San Pablo: «Ya no vivo yo, sino que Cristo vive en mí» (Gal 2, 20), que es la máxima expresión de la unión con la persona amada.

Es bueno acudir cada día a ese encuentro personalísimo con Jesús que es la Comunión, y avivar nuestra fe. «No veo las llagas como las vio Tomás, / pero confieso que eres mi Dios; / haz que crea más y más en Ti», podemos rezar con el *Adore te devote*.

Reconocer a Jesús en la Eucaristía, es lo primero a la hora de comulgar. ¡Ábrenos, Señor, los ojos para verte! ¡Que nos demos cuenta de que en la Sagrada Hostia hay alguien más que Jonás, alguien más que Salomón!

Sabiendo que va a venir a nosotros, el siguiente paso después de activar nuestra fe, es prepararnos dignamente. ¿Qué haríamos si nos dijeran: Tal personaje importante va a venir mañana a tu casa, a hacerte grandes dones? Probablemente no dormiríamos pensando en cómo recibirlo. Pues es Dios, Todopoderoso, quien va a llegar a nosotros a proporcionarnos múltiples bienes.

¿Cómo dispondremos nuestras almas? Si Dios preparó a la Virgen y la hizo inmaculada para recibir a su Hijo, y el mismo Jesús mandó a Pedro y a Juan que le aderezasen un lugar adecuado para celebrar la última cena (cfr. Lc 22, 8-12), ¿qué hemos de hacer nosotros? Procuraremos estar bien limpios por fuera, y especialmente por dentro, teniendo presente que «está vigente y lo estará siempre en la Iglesia, la norma por la cual el Concilio de Trento ha concretado la severa exhortación del apóstol Pablo (cfr. 1 Cor 11, 28), al afirmar que, para recibir dignamente la Eucaristía, debe preceder la confesión de los pecados, cuando uno es consciente del pecado mortal»<sup>39</sup>. Propongámonos firmemente recibir a Jesús del modo que dice la sentencia: como la primera vez, como la última, como la única, y así evitaremos el acostumbamiento y rutina ante este gran prodigio que es comulgar.

Si alguna vez comulgamos ensimismados en nuestras cosas y sin darnos cuenta de que recibimos al mismo Dios, pidamos con el himno eucarístico: «Oh, Pan vivo que das la vida al mundo, / da a mi alma que en ti viva siempre / y acierte a disfrutar de tu dulce sabor». También nos ayudará a prepararnos bien para acoger a Jesús y evitar la rutina, repetir comuniones espirituales.

El Señor espera que pasemos un buen rato con Él, después de comulgar, en afectuosa acción de gracias. Es un buen momento para decir a Jesús, como Pedro durante la Transfiguración: «¡Qué bien se está aquí!» (Mt 17, 4). Si, como en el Tabor, tampoco es posible prolongar ese tiempo, al menos hemos de evitar las prisas, el atolondramiento. Nada hay más importante en nuestra vida.

«¿Qué más quieres, oh alma, y qué más buscas fuera de ti, pues dentro de ti tienes tus riquezas, tus deleites, tu satisfacción (...), tu Amado, a quien desea y busca tu alma? Gózate y alégrate en tu interior recogimiento con Él, pues le tienes tan cerca»<sup>40</sup>. Efectivamente, cuando comulgamos tenemos todas las riquezas del mundo porque poseemos al creador de las mismas. Disfrutamos también del mayor deleite espiritual aunque no sea sensible, porque tenemos a Dios, que es la suma belleza, sabiduría y bondad. Conseguimos, además, la máxima satisfacción porque «si Dios está por nosotros, ¿quién contra nosotros?» (Rom 8, 31); con Dios logramos todos los proyectos con tal de que sean para nuestro bien. Y, sobre todo, gozamos del Amor en anticipo del Cielo.

¡Qué mejor ocasión para hacer muchos actos de amor! «Yo te amo, Señor Jesús, alegría y descanso mío; te amo, sumo y único bien mío...»

Contamos con una incomparable maestra para tratar entrañablemente a Jesús Sacramentado: la Virgen. «La mirada embelesada de María al contemplar el rostro de Cristo recién nacido y al estrecharle en sus brazos, ¿no es acaso el inigualable modelo de amor en el que ha de inspirarse cada Comunión Eucarística?» (...). Su *Magnificat* puede leerse en perspectiva eucarística. La Eucaristía, en efecto, como el canto de María, es ante todo alabanza y acción de gracias. Cuando María exclama; “Mi alma engrandece al Señor, mi espíritu exulta en Dios mi salvador”, lleva a Jesús en su seno. Alaba al Padre por Jesús, pero también lo alaba en Jesús y con Jesús. Esto es precisamente la verdadera actitud eucarística (...). La Eucaristía se nos ha dado para que nuestra vida sea, como la de María, toda ella un *Magnificat*»<sup>41</sup>.

## DIÁLOGO CON JESÚS EN EL SAGRARIO

La Sagrada Escritura nos muestra el deseo de Dios de habitar perennemente entre los hombres. El Antiguo Testamento nos narra que, durante el éxodo del pueblo judío, la nube que se posaba sobre la Tienda de la reunión era signo de la presencia de Dios y de su Gloria. Más adelante, el templo de Jerusalén era el lugar del encuentro de Dios con los israelitas.

Tras la institución de la Eucaristía, el sagrario es el lugar privilegiado del encuentro del hombre con Dios. Podríamos decir que, ante el Tabernáculo, siempre tenemos cobertura con Dios, y nos sentimos seguros y serenos porque nos sabemos amados por Él.

Se ha quedado con nosotros escondido y pocos le buscan. Como desagravio deseamos acompañar con frecuencia a Jesús en el sagrario más próximo, para que allí se encuentre a gusto con nosotros, como estaba gozoso en Betania, en la casa de los hermanos Lázaro, Marta y María, que le trataban con tanto cariño.

«Es hermoso estar con Él, y reclinados sobre su pecho como el discípulo predilecto, palpar el amor infinito de su corazón. Si el cristiano ha de distinguirse en nuestro tiempo sobre todo por el arte de la oración, ¿cómo no sentir una renovada necesidad de estar largos ratos en conversación espiritual, en la adoración silenciosa, en actitud de amor, ante Cristo presente en el Santísimo Sacramento?»<sup>42</sup>.

## HABLAR CON DIOS EN LA ORACIÓN

«Me ardía el corazón dentro del pecho, se encendía el fuego en mi meditación» (Sal 38, 4).

En nuestra meditación podemos hacer como Moisés: hablar con Dios cara a cara, como un amigo habla con su amigo, porque eso es oración mental: «tratar de amistad con Dios estando muchas veces tratando a solas con quien sabemos nos ama»<sup>43</sup>.

Si la santidad es la plenitud del amor, resulta indispensable la oración para alcanzarla. No hay santidad sin oración.

No hacer oración, además, conduce no sólo a ser cristianos mediocres, sino, especialmente en estos tiempos en que el mundo pone a prueba la fe de tantos modos, a ser cristianos con riesgo<sup>44</sup>. De ahí la tentación del diablo al hombre para que abandone la oración.

¿De qué hablaremos en ese diálogo íntimo y profundo con Dios, que es la oración? De la vida del Señor y de la nuestra: preocupaciones, tristezas y alegrías, proyectos y trabajos...

Un padre de familia conducía su coche, yendo a la oficina, y en una de las frecuentes retenciones se puso a pensar en sus numerosos hijos, uno a uno, dónde estarían, qué harían en ese momento, etc. Después se dirigió al Señor y le dijo: «Perdóname que piense en cosas secundarias y que no te encomiende cosas importantes y hable contigo». Y tuvo una moción en su interior que le decía: «Todo lo tuyo me interesa». Así es: todo lo nuestro le importa a Dios.

Lo decía muy bien San Josemaría Escrivá: «El tema de mi oración es el tema de mi vida (...). Somos cristianos corrientes; trabajamos en profesiones muy diversas; nuestra actividad entera transcurre por los carriles ordinarios; todo se desarrolla con un ritmo previsible. Los días parecen iguales, incluso monótonos... Pues, bien: ese plan, aparentemente tan común, tiene un valor divino; es algo que interesa a Dios, porque Cristo quiere encarnarse en nuestro quehacer, animar desde dentro hasta las acciones más humildes»<sup>45</sup>.

Por otro lado, también el tema de nuestra oración debe ser el Señor. «Cuando se ama a una persona se desea saber hasta los más mínimos detalles de su existencia, de su carácter para identificarse con ella. Por eso hemos de meditar la historia de Cristo desde su nacimiento en un pesebre hasta su muerte y resurrección. (...). Porque hace falta que la conozcamos bien, que la tengamos toda entera en la cabeza y en el corazón, de modo que, en cualquier momento, sin necesidad de ningún libro, cerrando los ojos, podamos contemplarla como en una película; de forma que, en las diversas situaciones de nuestra conducta, acudan a la memoria las palabras y los hechos de nuestro Señor»<sup>46</sup>.

Te remito, amigo lector, a los excelentes tratados sobre la oración, tanto clásicos como actuales, en especial a la cuarta parte del *Catecismo de la Iglesia Católica*. Únicamente he querido apuntar con brevedad la importancia del asunto cara a enamorarnos de Jesús. Aquí también juega papel decisivo el Espíritu Santo, que es el maestro de la oración. Sin Él no podríamos orar.

En la oración enciende el Espíritu Santo el amor afectivo, y el amor se hace efectivo, se manifiesta en obras, es decir, debe influir en nuestra vida ayudándonos a cumplir la voluntad de Dios en la existencia cotidiana. Nuestro ejemplo de oración, en este sentido, es el de Jesús en Getsemaní, en donde se identifica con la voluntad de su Padre. ¡Qué elocuente la anécdota de un canónigo que confesaba en una catedral! Un día observó que un chico venía y se sentaba en un banco, frente al crucifijo que presidía la capilla penitencial, y estaba allí un buen rato. Al día siguiente lo mismo. Entonces le abordó y le preguntó qué hacía. Contestó: «Hablo con el Señor y le pregunto si está contento de mí.» «¿Y qué te contesta?» «Me dice que está contento de mí, pero que tengo que estudiar más». Así que nuestra oración debe culminar en propósitos de mejora, que han de reflejarse en el perfeccionamiento de la vida familiar, en el trabajo, en la preocupación por los demás, especialmente por los más necesitados, etc.

## CONTEMPLAR A DIOS EN LA VIDA COTIDIANA

El trato con Jesucristo no se limita a la Eucaristía y a la oración. Con la gracia de Dios podemos hablar con el Señor a lo largo de todo nuestro día, porque tenemos siempre línea directa con Él.

Es el Espíritu Santo quien nos ayuda a sentirnos y a sabernos mirados amorosamente por Dios a todas horas, y el que nos lleva a mirarle sin descanso y sin cansancio, a ser en definitiva contemplativos. De la misma forma que amamos a Dios, porque Él nos amó primero, así también, podríamos decir que mirar a Dios, contemplarle, es consecuencia de sabernos mirados primero por Dios en todo instante.

Contaba un sacerdote que solía cruzarse por la mañana temprano, cuando iba a decir Misa, con un hombre que sacaba su perro a pasear. Le saludaba y le sonreía. Un día le paró y le dijo: «No sabe el bien que me hace que un sacerdote me sonría todas las mañanas». Con más motivo, qué alegría que al levantarnos, sepamos que, antes de elevar inmediatamente nuestro corazón al Señor, Él ya nos ha mirado y sonreído primero, que

no ha dejado de contemplarnos con amor, incluso durante el sueño. Qué emoción saber que «Él mira con amor a todo hombre. El evangelio lo confirma a cada paso. Se puede decir también que en esta mirada amorosa de Cristo está contenida como en resumen y síntesis toda la Buena Nueva (...). Al hombre le es necesaria esta mirada amorosa: le es necesario saberse amado, saberse amado eternamente y haber sido elegido desde la eternidad»<sup>47</sup>.

Este trato continuo con el Señor, no es sólo para personas que se apartan del mundo o para seres privilegiados, sino para todo cristiano que, por haber sido bautizado, está llamado a la santidad, a la intimidad con Dios. «Donde quiera que estemos, en medio del rumor de la calle y de los afanes humanos —en la fábrica, en la universidad, en el campo, en la oficina o en el hogar—, nos encontramos en sencilla contemplación filial, en un constante diálogo con Dios. Porque todo —personas, cosas, tareas— nos ofrece la ocasión y el tema para una continua conversación con el Señor»<sup>48</sup>.

Con la ayuda del ángel custodio, cuidemos el recogimiento, y evitemos la disipación y la frivolidad, y procuremos transformar el monólogo, que tendemos a mantener con nosotros mismos, en un diálogo permanente con Dios.

Facilita esa contemplación lo que el Fundador del Opus Dei llamaba «despertadores» de la presencia de Dios. Así como para pasar del sueño a la realidad de cada día nos ayudamos de un despertador, de un modo parecido para entrar en la auténtica realidad — el Dios presente en todo y especialmente en nuestra alma en Gracia— nos podemos auxiliar de industrias humanas: un crucifijo, una imagen de la Virgen, o algo que nosotros personalmente relacionamos con el Señor. Con el auxilio de estos «despertadores» llenaremos nuestro día de jaculatorias, acciones de gracias, comuniones espirituales, actos de desagravio, etc., que nos ayudarán a aumentar nuestro amor a Dios.

Pero, para mantener este continuo trato con Dios, no olvidemos que necesitamos esos ratos de diálogo más intensos y exclusivos que son la comunión eucarística y la meditación, incluidos en el horario diario: hacen como de caldera ardiente que transmite su calor a los radiadores y caldea la jornada entera.

Un periodista planteaba esta cuestión al Cardenal Ratzinger, que pudiera ser una tentación que nos sorprendiera: «¿No resulta sumamente agotador el trato diario con Dios? ¿No acaba uno cansado, harto?» Le respondió: «Tener trato con Dios para mí es una necesidad. Tan necesario como respirar todos los días, como ver la luz o comer a diario, o tener amistades. Todas esas cosas son necesarias, es parte esencial de nuestra vida. Pues es lo mismo. Si Dios dejara de existir, yo no podría respirar espiritualmente. En el trato con Dios no hay hastío posible. Tal vez puede haberlo en algún ejercicio de piedad, en alguna lectura piadosa, pero nunca en una relación con Dios como tal»<sup>49</sup>.



## V. LIBRES PARA AMAR

Acabamos de ver que se avanza en el amor a Dios, mediante el ejercicio de buscarle, encontrarle y tratarle. Pero existen obstáculos en nosotros, que hemos de superar y vencer. Esto nos hace libres, libres para amar.

A consecuencia del pecado original, todo hombre se ve retenido en su vuelo hacia el amor de Dios por las tres concupiscencias: la concupiscencia de la carne, la concupiscencia de los ojos y la soberbia de la vida (cfr. 1 Jn 2, 16).

De esta triple esclavitud nos ha librado Cristo con su muerte y con su resurrección y enviándonos al Espíritu Santo. Le pedimos a este Don divino: «Ven, Padre de los pobres, ven, Dador de las gracias (...). Lava lo que está manchado, riega lo que es árido, cura lo que está enfermo, dobliga lo que es rígido, enciende lo que es tibio, endereza lo extraviado».

Aquí entran en juego la gracia divina y la correspondencia a esa gracia, nuestra colaboración. Y como siempre, lo más importante es la ayuda de Dios.

### LIBRES DE LA SOBERBIA DE LA VIDA

El enemigo mayor para amar a Dios es la soberbia de la vida. «Dos amores fundaron dos ciudades: el amor propio hasta el desprecio de Dios, la terrena; y el amor de Dios hasta el desprecio de sí mismo, la celestial. La primera ciudad se gloria en sí misma, y la segunda, en Dios»<sup>50</sup>. Lo que dificulta el amor a Dios, más que la inclinación desordenada a las criaturas, es el propio yo. Hay en el hombre un antagonismo entre la libertad del amor a Dios y la esclavitud del egoísmo. En un corazón lleno de amor propio no cabe el amor a Dios.

Construimos la ciudad de Dios —el amor a Dios— dejando obrar al Espíritu Santo en nosotros, para que nos vacíe de nuestro yo y nos llene de Dios. Con su ayuda se trata de dar un giro copernicano a nuestra vida, darle la vuelta a nuestro sistema planetario: en lugar de girar alrededor de nuestro yo, girar alrededor de Dios; en lugar de buscarnos a nosotros mismos, buscar la gloria de Dios.

«Los peores muros son los que construimos a nuestro alrededor», se leía en unos grafiti del muro de Berlín. El gran obstáculo, que impide que Dios entre en nuestras vidas, que dificulta que penetre en nosotros el amor de Dios, es nuestro propio yo. Es la primera barrera que hay que derribar. Destruimos ese obstáculo gracias a la libertad que Cristo nos ganó «muriendo por todos para que los que viven no lo hagan para sí, sino para Él, que murió y resucitó» (2 Cor 5, 15).

## LIBRES DE LA CONCUPISCENCIA DE LOS OJOS

Otra atadura que nos impide amar a Dios es la concupiscencia de los ojos, es decir, el apegamiento desordenado a las cosas que se ven, a los bienes terrenos.

Para situar esta cuestión en sus justos términos, recordemos nuestros orígenes, la doble alianza que hizo Dios con nuestros primeros padres, Adán y Eva. «Y los bendijo Dios, diciéndoles: Creced y multiplicaos y henchid la tierra, sometedla y dominad sobre los peces del mar, sobre las aves del cielo y sobre los ganados, y sobre todo lo que vive y se mueve sobre la tierra» (Gen 1, 28-29). «Y les dio este mandato: de todos los árboles del paraíso puedes comer, pero del árbol de la ciencia del bien y del mal no comas, porque el día que de él comieres ciertamente morirás» (Gen 2, 16).

El hombre fue constituido señor de la creación, de las criaturas terrenas, pero sometido a su Creador mediante la obediencia a ese mandato. Era el maravilloso equilibrio de la creación, que existía en el principio. Pero la mujer, tentada por la serpiente, «se fijó en que el árbol era bueno para comer, atractivo para la vista y que aquel árbol era apetecible para alcanzar sabiduría; y tomó de su fruto y comió» (Gen 3, 6). Se produjo así una doble ruptura del primitivo equilibrio divino: por la desobediencia a Dios y por la flexión desordenada hacia el fruto del árbol de la ciencia del bien y del mal, es decir, hacia las cosas creadas.

El restablecimiento del original equilibrio se produjo con la Encarnación del Verbo. Cristo, «obediente hasta la muerte y muerte de cruz» (Flp 2, 8), arregló la desobediencia de nuestros primeros padres, y con su pobreza devolvió el justo lugar que deben tener en la vida del hombre las cosas materiales.

Jesús nació en un establo y vivió pobre. Pero usó con señorío las cosas materiales que, como hombre, necesitaba, y que son buenas porque su Padre las creó. Vistió una túnica elegante (cfr. Jn 19, 23), asistió a banquetes que organizaban en su honor (cfr. Lc 5, 29), le acompañaban unas mujeres que le servían y asistían con sus bienes (cfr. Lc 8, 3). Nos enseñó con su ejemplo a usar con desprendimiento los bienes de la tierra. Lo asimiló muy bien San Pablo, que dice: «He aprendido a bastarme con lo que tengo. Sé pasar necesidad y sé vivir en la abundancia; a todo y por todo estoy bien enseñado: a la hartura y al hambre, a abundar y a carecer. Todo lo puedo en Aquel que me conforta» (Flp 4, 12-13).

El sentido del desasimiento de las riquezas se recoge en la primera de las bienaventuranzas: «Bienaventurados los pobres de espíritu porque de ellos es el reino de los cielos» (Mt 5, 3). Jesús no dice de ellos será, sino de ellos es, ya que el reino de Dios está ya dentro de nosotros (cfr. Mc 17, 21), por el conocimiento y el amor a Dios. El desprendimiento es una virtud positiva que deja el corazón libre de las cosas de aquí abajo para volar hacia Dios, para amarle, mientras el apegamiento a los bienes materiales esclaviza.

El salmo 115 nos enseña también que «los que construyen los ídolos y confían en ellos son semejantes a ellos; tienen boca y no hablan, ojos y no ven, oídos y no oyen; tienen nariz y no huelen, tienen manos y no palpan, pies y no andan; no articulan voz por

su garganta.» Los nuevos ídolos modernos son la riqueza, el poder, el placer, el consumismo... A los que confían en ellos les pasa lo que a los antiguos ídolos, que tenían ojos y no veían..., teniendo inteligencia para conocer a Dios, lo ignoran, poseyendo corazón para amarle no le quieren y no disfrutan de su amor. Están como minusválidos, afectados por un espíritu de aturdimiento. Qué pena nos debe dar que viva tanta gente en esta situación. Si tratar a un invidente nos causa compasión, cuánto más las personas que no son capaces de captar el amor a Dios.

Narran sus biógrafos que un día dijo el Señor a Santo Tomás de Aquino: «Has escrito bien de Mí, Tomás, ¿qué recompensas deseas?» «Señor, ninguna más que a Ti». También nosotros hemos de preferir a Jesús y considerar todo como basura en comparación a nuestro Señor (cfr. Flp. 3, 7-8).

Juan Pablo II ha recordado con frecuencia, que el hombre es más por lo que es —hijo de Dios y participe de la vida divina—, que por lo que tiene, y que «no es malo el deseo de vivir mejor, pero es equivocado el estilo de vida que se presume como mejor cuando está orientado a tener y no a ser»<sup>51</sup>.

Para lograr el desasimiento el Fundador del Opus Dei da estos consejos prácticos: «No tener cosa alguna como propia, no tener cosa superflua; no quejarse cuando falte lo necesario; cuando se trate de elegir, lo más pobre, lo menos simpático»<sup>52</sup>.

No poseeremos cosa alguna como propia, si nos consideramos administradores de los bienes que detentamos, para regentarlos no sólo en beneficio propio, sino también de los demás. Así viviremos la justicia en nuestro trabajo y practicaremos la limosna con los más necesitados.

Evitemos tener cosas superfluas, llevados de caprichos o del consumismo que nos rodea. «Del filósofo Diógenes, se dice que habitaba en un tonel y que no poseía más que una capa, un bastón y una bolsa de pan. ¡Así no resultaba fácil quitarle la felicidad! Una vez, que estaba sentado tomando el sol delante de su tonel, le visitó Alejandro Magno, y le dijo que, si deseaba alguna cosa, él se la daba. Diógenes contestó: “Sí, que te apartes un poco y no me tapes el sol”. De esa manera mostró el sabio que era más rico que el emperador, pues tenía todo lo que deseaba»<sup>53</sup>.

Procuremos tener cubiertas las auténticas necesidades. No obstante, si alguna vez Dios permitiera que nos faltara algo necesario, mientras tratamos de solucionarlo no nos quejemos, y agradezcamos a Dios esa cruz que nos hace participar en la de Cristo, y que nos lleva a saborear la santa pobreza.

Cuántas veces, especialmente en la vida de familia, podemos elegir lo más pobre, lo menos atractivo, sin hacer cosas raras, ni llamar la atención, como hacen las buenas madres con sus hijos.

## LIBRES DE LA CONCUPISCENCIA DE LA CARNE

No podemos elevarnos a Dios, que es Espíritu, y amarle, si estamos encadenados por la sensualidad, ya que «el hombre animal —el que se arrastra por el instinto de la carne— no puede percibir las cosas que son del espíritu de Dios» (1 Cor 2, 14), porque «el que siembra en la carne cosechará corrupción, pero el que siembra en el espíritu, cosechará vida eterna» (Col 6, 8), esa vida eterna que comienza ya aquí y que consiste en conocer y gustar del amor de Dios.

Combatamos las obras de la carne como hicieron los santos. San Agustín relata, en su camino de conversión, su lucha por liberarse de la esclavitud de la carne que le impedía abrazar a Dios. «No dudaba ya de ningún modo que existiera un Ser al que debía unirme, pero no estaba en condiciones de hacerlo porque el cuerpo que se corrompe carga y agrava el alma, y esta choza de barro encoge la mente que se pierde en sus pensamientos»<sup>54</sup>. Un buen día, conversando con su amigo Alipio, le comunicó: «¿Qué nos pasa? ¿Oíste lo que dijo Ponticiano? Aquellos ignorantes consiguen el Cielo y nosotros, con nuestra cultura, pero sin corazón, ¡mira cómo nos revolcamos en la carne!» Rompió a llorar y dijo: «Tú, Señor, ¿hasta cuándo? ¿Hasta cuándo Señor vas a estar airado? ¡No quieras acordarte ya más de mis pasadas maldades! ¿Hasta cuándo, hasta cuándo? Mañana, mañana. ¿Por qué no hoy? ¿Por qué no ahora mismo pongo fin a todas mis miserias?».

Mientras decía esto, oyó que un niño cantaba desde una casa vecina este estribillo: «¡Toma y lee!». Cogió un Nuevo Testamento, lo abrió al azar y leyó: «No andéis más en comilonas y borracheras; ni haciendo cosas impúdicas; dejad ya las contiendas y peleas y revestíos de nuestro Señor Jesucristo y no os ocupéis de la carne y sus deseos» (Rom 13, 13-14). En ese momento sintió una fortísima luz que le llevó a decidir cortar las ataduras de la carne y a seguir la fe. Desde entonces comenzó a vivir la virtud de la castidad que nos inclina, con prontitud y alegría, a moderar el uso de la facultad generativa según la razón iluminada por la fe.

La sexualidad humana es un bien. Dios, después de crear al hombre a su imagen y semejanza, varón y mujer, vio que era muy bueno lo que había hecho. Nos creó sexuados y todo lo que ha hecho es bueno. La Iglesia siempre lo ha enseñado así y ha condenado las antiguas doctrinas maniqueas, que defienden que la materia y, en concreto el cuerpo, son malos. Pero el sexo ha de ser utilizado en orden a los bienes por los que Dios lo ha establecido: en función de la transmisión de la vida y para la manifestación mutua del amor entre el hombre y la mujer, dentro de la donación total del matrimonio.

La pureza no es una represión como algunos piensan, sino una afirmación gozosa, un sí al amor y un no a las deformaciones egoístas de la sexualidad. Es «someter las pasiones a la razón por un motivo alto, por un impulso de Amor. Puede compararse esta virtud a unas alas que nos permiten transmitir los mandatos, la doctrina de Dios, por todos los ambientes de la tierra, sin temor a quedar enlodados. Las alas —también las de esas aves majestuosas, que se remontan donde no alcanzan las nubes— pesan y mucho. Pero si faltasen, no habría vuelo. Grabadlo en vuestras cabezas, decididos a no ceder si notáis el zarpazo de la tentación, que se insinúa presentando la pureza como una carga insoportable: ¡ánimo!, ¡arriba!, hasta el sol a la caza del Amor»<sup>55</sup>.

La pureza es necesaria para todos los hombres y mujeres que quieren amar a Dios, cada uno en su propio estado. Preguntaban a Juan Pablo II en el Parque de los Príncipes de París: «En los asuntos de índole sexual la Iglesia mantiene una actitud bastante intransigente, ¿por qué? ¿No teme usted, Santo Padre, que los jóvenes se alejen cada vez más de la Iglesia?» A lo que respondió: «Si reflexionáis detenidamente, yendo hasta el fondo del problema, os aseguro que os daréis cuenta de una cosa sola: que en este campo, la Iglesia estipula solamente las exigencias relativas al amor conyugal verdadero, es decir, responsable. La Iglesia, exige aquello que requiere la dignidad de la persona y el orden social fundamental. No niego que sean exigencias; pero ahí está precisamente la clave del problema, es decir, que el hombre se realiza sólo cuando sabe imponerse exigencias a sí mismo... La permisividad no hace felices a los hombres. La sociedad de consumo no hace felices a los hombres. Nunca lo hizo»<sup>56</sup>.

Como otras virtudes, la pureza es un don de Dios y una tarea en la que hay que ejercitarse. El don nos lo comunica Dios a través de los sacramentos, especialmente la Eucaristía y la Penitencia, y a través de la oración, en particular por la mediación de la Virgen.

El dominio de sí mismo supone reconocer nuestra debilidad, huir de las ocasiones, no jugar con fuego. Que no se diga de nosotros lo que dice ese epitafio de un soldado americano: «Aquí yace el soldado John Brown, que quiso comprobar con una cerilla si el depósito de gasolina de su tanque estaba lleno, y, ¡lo estaba!». Jesucristo advierte: «Si tu ojo te escandaliza —te es ocasión de pecado—, sácatelo y tíralo lejos de ti. Más te vale entrar con un ojo en la Vida que con los dos ojos ser arrojado al abismo del fuego» (Mt 18, 9). Es necesario cuidar la vista y defenderla de tanta pornografía, con la que nos ataca la sociedad hedonista en la que vivimos. ¡Qué sabiduría encierra el consejo de San Gregorio Magno: «No conviene mirar lo que no es lícito desear»! ¡Qué prudentes tenemos que ser en el trato con otras personas, si nos pudieran llevar a ofender a Dios! Cuidemos también esas otras virtudes que acompañan a la pureza: el pudor, la modestia, el aprovechamiento del tiempo, la sobriedad, la práctica de la mortificación...

Con el gozo de quien disfruta un tesoro, que muchos no tienen, los cristianos de hoy tenemos declarada una decidida batalla contra el hedonismo del ambiente, que es agresivo. Si es encomiable defender una sana ecología del cuerpo, más importante es propagar una ecología del espíritu, crear espacios en los que se pueda respirar el amor a Dios, remansos de aguas limpias para la vida del alma. Hay muchos ríos y mares donde los peces —los hombres— no encuentran alimento ni oxígeno. «Si esos peces pensarán, y estamos hablando de unos peces que piensan, porque tienen alma, podrían venirles a la cabeza la decisión de decir: ¡Basta! Yo doy un salto y, ¡fuera! No vale la pena vivir así, me voy a refugiar a la orilla» (...).

«No, hijos míos —advirtió el Fundador del Opus Dei—, nosotros tenemos que seguir, en medio de este mundo podrido; en medio de este mar de aguas turbias, en medio de esos ríos que pasan por las grandes ciudades y por los villorrios y que no tienen en sus aguas la virtud de fortalecer el cuerpo, de apagar la sed, porque envenenan. Hijos míos, en medio de la calle, en medio del mundo hemos de estar siempre, tratando de crear a

nuestro alrededor un remanso de aguas limpias para que vengan otros peces, y, entre todos, vayamos ampliando el remanso, purificando el río, devolviendo su calidad a las aguas del mar»<sup>57</sup>.

## VI. AMAR A DIOS CON OBRAS

### AMOR EFECTIVO

«No amemos de palabra y con la lengua sino con obras y de verdad» (1 Jn 3, 18). Nuestro amor ha de ser efectivo, además de afectivo. «No todo el que dice Señor, Señor, entrará en el Reino de los cielos sino el que cumpla la voluntad de mi Padre que está en los cielos» (Mt 7, 21). Y en la última cena Cristo insiste: «Si me amáis, cumpliréis mis mandamientos» (Jn 14, 15). Y nos anima a ello poniéndose como modelo: «Si guardáis mis mandamientos permaneceréis en mi amor, como yo he guardado los mandamientos de mi Padre y permanezco en su amor» (Jn 15, 10).

Con obras es el amor de Jesús al Padre. Dice: «Aquí vengo, como está escrito de mí al comienzo del libro, para hacer, oh Dios, tu voluntad» (Hb 10, 7). Afirmará también en su vida pública: «Mi alimento es hacer la voluntad del que me ha enviado» y cumplirá esa voluntad de su Padre «siendo obediente hasta la muerte y muerte de cruz» (Flp 2, 8).

Como la persona enamorada está pendiente del menor deseo de su amor, del mismo modo nosotros hemos de hacer lo que Dios nos pide. La persona que ama a Dios con todo su corazón, repite: «Dime, Señor, ¿qué quieres que haga?, que con tu ayuda lo haré». Eso supone purificar nuestra voluntad, demasiado inclinada hacia uno mismo, y conducirla a la plena identificación con el querer de Dios. Hay que repetir constantemente el hágase tu voluntad del padrenuestro, y llevarla a cabo sin retrasos.

Este deseo de hacer la voluntad de Dios se manifiesta también cuando aceptamos las contrariedades de nuestra jornada y las amamos, viendo en ellas la bondad del Señor, que nos hace partícipes de su dulce Cruz, nos purifica y nos convierte en corredores.

### SUS MANDAMIENTOS NO SON PESADOS

Escuchemos de nuevo a San Juan: «Este es el amor de Dios, que cumplamos sus mandamientos». Y añade: «Sus preceptos no son pesados» (1 Jn 5, 3). No son los mandamientos una ley exterior y constrictiva de la libertad humana, como Satanás presenta desde la tentación a Eva. No son fardos que Dios nos impone por ser nuestro Creador y nosotros sus criaturas, como pudiera hacerse a un borrico de carga, al que se le echa peso encima de sus alforjas. Son, más bien, algo íntimo a nuestra naturaleza humana, una luz interior, una ley de libertad.

Los mandamientos se podrían comparar al manual de instrucciones, que el fabricante de un aparato, buen conocedor de su mecanismo, da al usuario, para que funcione bien y dure más. Dios, que es nuestro Creador, conoce a la perfección nuestra naturaleza, sabe

lo que nos conviene y, en consecuencia, nos da unos preceptos, unas instrucciones, para que funcionemos bien y seamos felices.

Esto es fácil de comprobar, si analizamos nuestra naturaleza —seres hechos para amar— y la esencia de los Diez Mandamientos: los tres primeros que versan sobre el amor a Dios y los siete últimos sobre el amor a los demás. ¡Qué cosa más lógica que se nos pida amar a Dios y a los demás con distintas manifestaciones, y que se nos vede todo lo que atenta contra estos amores!

Dios, al revelarnos los mandamientos, se nos muestra como una madre que vela por su bebé para que no meta los dedos en el enchufe: se lo prohíbe y le evita un daño. Los mandamientos son transmisión de una verdad que el hijo, a veces, no está en condiciones de comprender.

Podríamos también considerar los preceptos de Dios como esas vallas e indicadores que nos permiten circular por la vida sin salirnos del camino del amor a Dios que conduce al Cielo. Es lo que nos enseña Jesús cuando a la pregunta del joven rico: «¿Qué he de hacer para conseguir la vida eterna?», responde: «Cumple los mandamientos» (Mt 19, 26-17).

Los mandatos de Dios suponen ciertas exigencias, pero nos ayudan a vivir mejor, y podemos practicarlos porque contamos con el apoyo de la gracia de la Redención, que nos viene a través de los sacramentos y de la oración.

Por el contrario, la permisividad, el «todo vale», no hace feliz al hombre y le conduce hacia su autodestrucción. Una comparación clásica puede ayudarnos a entenderlo. Si un pez dijera: «Estoy harto de nadar en el agua. Subo, bajo, voy en cualquier dirección y siempre encuentro agua. Quiero ser libre, voy a saltar a tierra». ¿Encontrará la libertad? No, sino la muerte, porque el pez está hecho para vivir en el agua: tiene unas aletas que le sirven de remos, una cola que utiliza como timón y unas branquias que le permiten respirar en el agua. El agua es su elemento y sólo ahí se encuentra bien. Pues así, el hombre, que está hecho para amar a Dios, se encuentra como el pez en el agua, cuando a través de los mandamientos, vive ese amor. Si no los practica, se autodestruye, como le pasa al pez fuera de su medio.

«La ley del Señor alegra el corazón e ilumina los ojos» (Sal 18, 9). Nos hace felices ya aquí en la tierra y haría feliz a la sociedad.

## EL DESAMOR DEL PECADO

«El que no me ama, no guarda mis palabras» (Jn 14, 24). El pecado, que es no guardar la palabra de Dios, incumplir sus mandamientos, es el desamor.

El gran drama de nuestro tiempo es que casi se ha borrado la noción de pecado, porque el hombre se ha puesto en lugar de Dios para decidir lo que es bueno y es malo, y ha hecho desaparecer en gran parte los mandamientos, cayendo en el permisivismo: una religión a la carta, cómoda y falsa.



Ya anunció Pío XII, en la pasada centuria, que el pecado del siglo —que por ahora se prolonga— es la ausencia de sentido de pecado. Por el contrario, el cristiano «debe aprender a llamar pecado al pecado y a no llamarlo liberación y progreso aunque toda la moda y propaganda fueran contrarias»<sup>58</sup>. Es el ejemplo que nos han dado los santos, de los que podríamos decir, con Chesterton, que se reconocen como santos, porque se han considerado a sí mismos pecadores. Como botón de muestra tenemos el testimonio de San Pablo. «Podéis estar seguros y aceptar plenamente esta verdad: Que Cristo Jesús vino al mundo para salvar a los pecadores, y de ellos, el primero soy yo» (1 Tm 1, 15).

Ahondar en la maldad del pecado, ayuda a combatirlo con todas nuestras fuerzas, pues nos hace conscientes que es el único mal, verdaderamente temible.

El pecado mortal, desobediencia a la ley de Dios en materia grave cometida con pleno conocimiento y deliberado consentimiento, acarrea funestas consecuencias. Como indica su nombre, mata la vida sobrenatural del alma, nuestra relación filial con Dios, y nos hace perder la herencia del Paraíso que, como hijos, nos tiene preparado nuestro Padre celestial. Nos hace caer, además, en la peor de las esclavitudes, «el que comete pecado se hace esclavo del pecado» (Jn 8, 34), impidiendo la libertad del amor a Dios. El pecado no sólo va contra Dios, sino también contra uno mismo. Si poseer la vida de la gracia — Dios dentro de nosotros— es un anticipo del Cielo, el pecado mortal, que arroja al Señor del alma, es, en cierta forma, un adelanto del Infierno en cuanto carencia de Dios.

En una de las audiencias públicas de Juan Pablo II, al pasar por delante de un matrimonio, la mujer le manifestó: «Santidad, dígame a mi marido que se confiese; lleva diez años sin hacerlo». El Pontífice le miró y comentó: «¡Qué mal se está lejos de Dios!». Inmediatamente el hombre se decidió a acudir al sacramento de la Penitencia.

Se puede entender mejor este misterio de iniquidad que es el pecado considerando que fue causa de los sufrimientos que padeció Jesús en su Pasión y muerte. En Getsemaní Cristo sufrió en su alma los tormentos más terribles hasta sudar gotas de sangre, porque Dios «cargó sobre Él nuestros pecados» (Is 53, 6). Cada pecado nuestro es un fardo que añadimos a sus dolores en el huerto de los olivos, y cada pecado mortal es como «volver a crucificar al Hijo de Dios y exponerlo a escarnio» (Heb 6, 6).

## RECUPERAR EL AMOR MEDIANTE LA CONVERSIÓN

Reconocernos pecadores es una de las coordenadas para nuestra conversión, para volver a Dios y decirle como San Pedro después de la triple negación: «Señor, Tú lo sabes todo, Tú sabes que te amo». La otra coordenada es el amor de Dios, más fuerte que el pecado, que se manifiesta en su misericordia, en su perdón, y que nos permite superar sin desaliento el abismo de nuestra miseria.

Jesús, que no ha venido a condenar al mundo sino a salvarlo, ejemplifica este proceso de conversión en la parábola del hijo pródigo. «Un hombre tenía dos hijos. El más joven de ellos dijo a su padre: Padre, dame la parte de la herencia que me corresponde. Y les

repartió los bienes. No muchos días después, el hijo más joven, reuniéndolo todo, se fue a un país lejano y malgastó allí su fortuna viviendo lujurosamente» (Lc 15, 11-13).

En la figura de este hombre, en cierto sentido, se encuentra presente el hombre de todos los tiempos, comenzando por aquel que primeramente perdió la herencia de la gracia y de la justicia original.

«Después de gastar todo, hubo una gran hambre en aquella región y él empezó a pasar necesidad. Fue y se puso a servir a un hombre de aquella región, el cual lo mandó a sus tierras a guardar cerdos; le entraron ganas de saciarse con las algarrobas que comían los cerdos; y nadie se las daba» (Lc 15, 14-16). Aquí Jesús describe la situación en la que cae el pecador, el estado de miseria al que llega. El verdadero rostro del pecado aparece pronto. La satisfacción que promete es temporal y además limitada. Lejos de Dios los bienes son relativos y se acaban. El hambre del hijo pródigo significa la ansiedad y el vacío que siente el hombre lejos de Dios. El corazón humano, hecho para amar a Dios, empieza a pasar necesidad si no está con Él. Con la servidumbre del joven se nos describe la esclavitud en la que cae quien comete el pecado. A partir de este momento la parábola describe el itinerario de la conversión del hijo pródigo, que coincide con los pasos a dar para hacer una buena Confesión.

«Recapitando, se dijo: ¡cuántos jornaleros de mi padre tienen pan abundante mientras yo aquí me muero de hambre!» (Lc 15, 17). La vuelta a Dios se inicia, con la ayuda de la gracia, con la reflexión, con el parón para analizar la situación a la que se ha llegado, en definitiva, con el examen de conciencia que toma nota de los pecados cometidos.

«Me levantaré —continúa la parábola— e iré a mi padre y le diré: padre he pecado contra el cielo y contra ti, ya no soy digno de ser llamado hijo tuyo; trátame como a uno de tus jornaleros» (Lc 15, 18-19). Es el dolor sincero y humilde por haber ofendido a Dios, que tanto nos quiere, que lleva consigo el propósito de evitar el pecado y que supone también apartarse de las ocasiones de ofender a Dios: «Y levantándose, se puso en camino hacia la casa de su padre» (Lc 15, 20 a), y abandonó aquel lugar donde tanto había pecado.

«Cuando aún estaba lejos, lo vio su padre y se compadeció; y corriendo a su encuentro, se le echó al cuello y lo cubrió de besos» (Lc 15, 20 b). ¿Se puede describir más maravillosamente la misericordia de nuestro Padre Dios? ¡Cómo contrasta nuestra lentitud en arrepentirnos con la rapidez del Padre en perdonarnos!

«Comenzó a decirle el hijo: Padre, he pecado contra el cielo y contra ti; ya no soy digno de ser llamado hijo tuyo» (Lc 15, 21). Reconoce su pecado con humildad, como nosotros hacemos al confesarnos.

«Pero el padre dijo a sus criados: Pronto, sacad el mejor traje y vestido; ponedle un anillo en la mano y sandalias en los pies; traed el ternero cebado y matadlo y vamos a celebrarlo con un banquete; porque este hijo mío estaba muerto y ha vuelto a la vida, estaba perdido y ha sido encontrado. Y se pusieron a celebrarlo» (Lc 15, 22-24). El pecado queda destruido: este hijo mío estaba muerto y ha vuelto a la vida. El hombre queda liberado de su pecado.

Aún hay más, al perdón va unida la santificación y la renovación del hombre interior. Es lo que se expresa con las diversas imágenes de la parábola: el mejor traje simboliza la vida de la gracia; el anillo del hijo, la filiación divina; las sandalias en los pies son los medios que permitirán caminar en adelante como hijo... El banquete significa que «hay más alegría en el cielo por un pecador que hace penitencia que por noventa y nueve justos que no la necesitan» (Lc 15, 7). Es el gozo de la confesión: con razón se ha llamado a la Penitencia el sacramento de la alegría.

## LA TIBIEZA EN EL AMOR

El amor a Dios y al prójimo se puede perder con la tibieza: «una cierta tristeza por la que el hombre se vuelve tardo para realizar actos espirituales a causa del esfuerzo que comportan»<sup>59</sup>. También la podríamos explicar diciendo que es la pereza y el abandono para las cosas de Dios, en definitiva, la indiferencia por nuestra santidad.

Una de las monjas que atendía a Juan Pablo II, le dijo, intranquilizada por su salud: «Estoy preocupada por su Santidad». El Papa le respondió, medio en broma, medio en serio: «Yo también estoy preocupado por mi santidad». ¿Estamos nosotros inquietos por nuestra santidad, por nuestro amor a Dios? ¿O nos conformamos con una medianía?

El Señor nos alerta contra el peligro de la tibieza. «Conozco bien tus obras y que no eres frío ni caliente. Ojalá fueras frío o caliente; más por que eres tibio y no eres caliente ni frío, estoy para vomitarte de mi boca» (Apc 3, 15-16). Mientras a los pecadores arrepentidos Dios los perdona, a los tibios amenaza con rechazarlos. Y a continuación señala la causa de esta tibieza: «Porque dices: yo soy rico y de nada tengo necesidad, y no sabes que eres un desdichado, un miserable, un indigente y un desnudo» (Apc 3, 17). Uno piensa que es suficientemente bueno, que ya ama a Dios bastante, olvidando que hemos de amarle sin medida. A veces nos consideramos excelentes, porque nos comparamos con otras personas, supuestamente descreídas o malvadas, que parecen más lejos de Dios, y nos olvidamos que con quien tenemos que compararnos es con Jesús. Por esto, ¡cuánto tenemos que mejorar!

En otras ocasiones intentamos conciliar el amor a Dios con la vida fácil, mediocre, y evitamos todo lo que supone esfuerzo, para caer en un «cristianismo light». Entonces vendría bien preguntarse: «¿Crees que es justo que el Señor haya muerto crucificado y que tú te conformes con “ir tirando”? Ese “ir tirando” ¿es el camino áspero y estrecho del que hablaba Jesús?»<sup>60</sup>.

Gran remedio contra la tibieza es la Confesión frecuente bien hecha, sin rutina. El sacramento de la Penitencia lleva consigo un examen de conciencia que nos hace reconocer nuestros pecados, mientras que el tibio cree que es suficientemente bueno. Luego viene el dolor de los pecados, y la persona tibia no tiene ningún dolor. A continuación se saca el propósito de enmienda, de lucha; lo contrario del tibio, que no piensa que deba mejorar en algo, que no quiere luchar nada. Finalmente, con la

absolución, llega el aumento de gracia para combatir y vencer al pecado y también a la tibieza.

Pensar que uno no necesita confesarse puede ser un síntoma claro de tibieza, porque supone considerarse suficientemente bueno, sin pecado.

## EL SUFRIMIENTO COMO MANIFESTACIÓN DEL AMOR

El amor a Dios se alimenta y se manifiesta en las obras; y la mejor forma de mostrarlo es con el sufrimiento; un padecimiento por amor, que paradójicamente no nos hace desgraciados, sino felices; y esto no es una utopía, sino algo posible.

Como dice Cicerón, «hay dos cosas que dan a conocer al verdadero amante: hacer bien a la persona amada y padecer por ella, y esto de padecer es la prueba más palmaria del amor».

Si Cristo nos amó y se entregó a sí mismo por nosotros (Gal 2, 20), si nos demostró su amor con su aflicción hasta la muerte, también nosotros a la luz de la Cruz de Cristo entendemos que en el dolor se manifiesta el amor: la verdad del amor, de nuestro amor a Dios y a todos los hombres. El sufrimiento, más que otra cosa, es la piedra de toque del auténtico amor.

Jesús en la cruz también era el Hijo amado del Padre. A la luz de ese amor, se reconoce que la cruz la da Dios a quien ama, a quien quiere identificar con su Hijo. ¡Cómo ayuda a llevar la cruz con amor saberse amado antes por Dios en esa misma cruz!

Los padecimientos de esta vida pueden ser muy variados: contrariedades, injusticias, enfermedades, exceso de trabajo, roces con personas de mal carácter con las que tenemos que convivir, la enfermedad o pérdida de un ser querido... Con su aceptación, probamos al Señor nuestro amor y que deseamos padecer y corredimir con Él.

## SUFRIR POR AMOR ES GOCE

No pensemos que el sufrimiento es nuestro desgraciado destino. Al contrario, podemos alcanzar la felicidad a través de dolor. Resume muy bien todo lo que acabamos de decir la siguiente máxima: «El amor es sacrificio; y el sacrificio, por Amor, goce»<sup>61</sup>.

La alegría en el padecer es señal de que caminamos en el amor, porque «en aquello que se ama, o no se siente la dificultad o se ama la misma dificultad (...). Los trabajos de los que aman nunca son penosos»<sup>62</sup>. Podríamos resumir, a modo de fórmula matemática, que el peso del dolor está en proporción inversa a la caridad: cuanto más grande es el amor, tanto menores aparecen los padecimientos.

Expresivo testimonio, entre tantos, el del periodista croata Anton Wuster, que murió santamente de cáncer en un hospital de Pamplona, por los años sesenta del siglo pasado. Sufrió mucho en su enfermedad, pero estaba entrenado por haber soportado múltiples

contradicciones durante su vida. Una noche, la monja que le velaba le dijo: «Le pido al Señor que le dé a usted el sueño que yo tengo y que me dé a mí los dolores que usted siente». A lo que Wuster le contestó: «Pero, hermana, ¿no se da cuenta de que yo entonces salgo perdiendo?».

La verdad es que «más vale trocar placer por dolores, que estar sin amores» (Juan de la Encina).

## CÓMO GOZAR EN EL SUFRIMIENTO

Hay múltiples testimonios que nos muestran que sufrir por amor es gozoso. Sin embargo, en nuestra vida, a veces no conseguimos la alegría en el padecer, a pesar de que quisiéramos sufrir por amor. No nos debe extrañar. También tuvieron esa experiencia los santos, y el mismo Jesús en Getsemaní. ¿Qué hacer en esas ocasiones? Rezar, pedir ayuda al Padre, como el Señor en el Huerto de los Olivos. Podemos realizar esta súplica de san Alfonso María: «Señor, estoy firmemente persuadido de que sin padecer y sufrir con paciencia no lograré conquistar la corona del Paraíso. David decía: “De Él viene mi esperanza”. Lo mismo digo yo: de vos me ha de venir la paciencia en el padecer. Me propongo aceptar con paz todas las tribulaciones, y, cuando sobrevienen, me contristo y desaliento; y si algo sufro, súfrolo sin merecimiento, sin amor, porque no sé sufrirlo por agradaos. Por favor, pues, Jesús mío, y por los merecimientos de vuestra paciencia al sufrir tantas penalidades por amor mío, concededme la gracia de sufrirlo todo por amor vuestro (...). Os prometo aceptar amorosamente cuantos trabajos os dignéis enviarme, pero de Vos espero el socorro para cumplir con esta resolución, especialmente para sufrir con paz los dolores de mi agonía y muerte».

Ayuda también contemplar a Cristo en la cima del Calvario, crucificado por amor nuestro: como dice un refrán keniano, «cuando en la cumbre de una montaña hay un amigo, se hace fácil el camino».

Dios suele dar luces a sus santos para entender la paradoja de la felicidad en la Cruz. Así ocurrió a San Josemaría: «Cuando el Señor me daba aquellos golpes, allá por el año treinta y uno, yo no lo entendía. Y de pronto, en medio de aquella amargura tan grande, esas palabras: “Tú eres mi hijo” (Ps 2, 7), tú eres Cristo. Y yo sólo sabía repetir: “Abba, Pater!; Abba, Pater!, Abba!, Abba!, Abba!” Y ahora lo veo con una luz nueva, como un nuevo descubrimiento: como se ve, al pasar los años, la mano del Señor, de la Sabiduría divina, del Todopoderoso. Tú has hecho, Señor, que yo entendiera que tener la Cruz es encontrar la felicidad, la alegría. Y la razón —lo veo con más claridad que nunca— es ésta: tener la Cruz es identificarse con Cristo, es ser Cristo, y, por eso, ser hijo de Dios»<sup>63</sup>. Ante aquellos dolores, el santo, al principio, no lo entendía. Muchas veces nos sucederá a nosotros lo mismo: es bueno, e incluso puede ser necesario, para que tomemos conciencia de nuestra debilidad, de nuestra incapacidad de alegrarnos en el sufrimiento. Después viene la acción del Espíritu Santo que en la cruz nos hace Cristo: hijos en el Hijo, y que nos mueve a clamar «Abba, Pater». Así, encontrar la cruz es

hallar la felicidad. Es por tanto del Paráclito de quien proviene el gozo en la cruz. Él, que es el Don divino, nos muda en don, como le pedimos en la Plegaria Eucarística III: «que Él nos transforme en ofrenda permanente». El Espíritu Santo es quien nos da el don de fortaleza para llevar con alegría el dolor. Nuestra tarea fundamental es, pues, llenarnos del Espíritu Santo, como vimos más arriba.

## VII. EL MANDAMIENTO NUEVO

Estamos en la Última Cena del Señor y el ambiente es íntimo. El Señor se despide de sus amigos antes de morir. «Si me amáis cumpliréis mis mandamientos», les dice al brillo de las lámparas. Luego, como un exceso del que se sabe que se acerca su marcha, les deja todavía su último mensaje como un grito salido del corazón: «Un mandamiento nuevo os doy: que os améis unos a otros. Como yo os he amado, amaos también unos a otros» (Jn 13, 34).

Es como si les dijera: me voy, pero no me voy, me quedo en vosotros. Amad con mi amor: sed yo mismo. Hacedme presente en vosotros.

Juan Pablo II, comentando la VI Estación del Vía Crucis, cuando la Verónica limpia el rostro del Señor, dice: «El Redentor del mundo da a la Verónica una imagen auténtica de su rostro. El velo, sobre el que queda impreso el rostro de Cristo, es un mensaje para nosotros. En cierto modo nos dice: He aquí cómo todo acto bueno, todo gesto de verdadero amor hacia el prójimo aumenta en el que lo realiza la semejanza con el Redentor del mundo. Los actos de amor no pasan».

### RAZONES PARA AMAR AL PRÓJIMO

«En esto consiste el amor: no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que Él nos amó y nos envió a su Hijo como víctima propiciatoria por nuestros pecados. Queridísimos: si Dios nos ha amado así, también nosotros debemos amarnos unos a otros» (1 Jn 4, 10-11).

Sorprende esta conclusión del discípulo amado. Después de recordar el amor de Dios hacia nosotros, no deduce que amemos nosotros a Dios, sino que nos amemos unos a otros. Santa Catalina de Siena lo explica a través de estas palabras que le dice el Señor: «Os pido que me améis con el mismo amor con que yo os amo. Esto no me lo podéis hacer, porque yo os amé sin ser amado. Todo amor que me tenéis es un amor de deuda, no de gracia, ya que estáis obligados a hacerlo, mientras que yo os amo a vosotros con amor de gracia, no de deuda. Vosotros, pues, no podéis darme el amor que yo os pido. Por eso he puesto a vuestro lado a vuestro prójimo: para que le hagáis a él lo que no podéis hacerme a mí, o sea amarlo sin tener en cuenta el mérito y sin esperar de ello ningún provecho. Y yo considero como hecho a mí lo que le hagáis a él»<sup>64</sup>.

«Y Yo considero hecho a mí lo que hagáis a él». Con qué fuerza lo explica Jesús en el sermón del Juicio Final. Respondiendo a la pregunta: «Señor, ¿cuándo te vimos hambriento o sediento, peregrino o desnudo, enfermo o en la cárcel?» dice: «lo que hicisteis —o dejasteis de hacer— a uno de estos mis hermanos más pequeños, a Mí me

lo hicisteis —o dejasteis de hacer—» (Mt 25, 40 y 45). En este contexto se cuenta en la vida de San Martín que, estando el santo en sueños, le pareció ver a Cristo vestido con la mitad de la capa de oficial romano que poco antes había dado a un pobre. Miró atentamente al Señor y reconoció su ropa. Al mismo tiempo oyó que Jesús, con voz que nunca olvidaría, decía a los ángeles que le acompañaban: «Martín, que sólo es catecúmeno, me ha cubierto con este vestido». Y enseguida el santo recordó otras palabras de Jesús: «cuantas veces hicisteis eso a uno de mis hermanos más pequeños, a Mí me lo hicisteis».

La imagen de Dios grabada en el alma de cada hombre en su creación se ha hecho, por tanto, más intensa en Cristo, con el que se ha unido, en cierto modo, tras su Encarnación.

Ésta es la razón más profunda de la caridad cristiana. Así lo explicaba San Josemaría a sus hijos: «¿Sabéis por qué os quiero tanto? Porque veo bullir en vosotros la Sangre de Cristo»<sup>65</sup>.

A veces esto no resulta fácil, especialmente cuando una persona se demuestra depravada y llena de miserias. Es, entonces, cuando podemos seguir el ejemplo de Cristo que en la Cruz dijo, refiriéndose a los que lo maltrataban: «Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen» (Lc 23, 34).

A la luz de lo expuesto se entiende la expresión de San Juan: «Si alguno dice amo a Dios, pero aborrece a su hermano, miente. Pues el que no ama a su hermano, a quien ve, no es posible que ame a Dios, a quien no ve.» (1 Jn 4, 20). Al Dios oculto a nuestros ojos de carne lo descubrimos en nuestros hermanos con los ojos de la fe.

## EL DISTINTIVO DE LOS CRISTIANOS

—«En esto conocerán que sois mis discípulos: si tenéis caridad unos con otros» (Jn 13,35).

Hace años, un catedrático japonés fue a Madrid a realizar unos estudios matemáticos con un colega suyo. Iba acompañado de su esposa. Un día de descanso visitaron el parque del Retiro. La japonesa quiso hacer una foto de su marido. Dio un paso atrás sin ver que había una zanja, y al caer se hizo heridas en la cara que le hicieron sangrar. Un jardinero, que vio el accidente, acudió a ayudarla y lavó y secó su rostro con unos algodones. Después la transportó en su coche hasta una farmacia próxima. La boticaria la pasó a la rebotica, la tranquilizó y le hizo una cura más detenida. Los japoneses se quedaron asombrados de todo lo que había ocurrido. Pensaban que en su país eso hubiera sido su problema y nadie los hubiera atendido. Se preguntaron: «¿Qué hay detrás de todo esto? El cristianismo. Es que éste es un país cristiano». Y pidieron a su colega matemático que les instruyera en la religión católica.

Los japoneses reconocieron como cristianos a esas personas —el jardinero y la farmacéutica— por la caridad con que los trataron. Y es que ser cristiano es ser otro Cristo. Hacer presente a Cristo a través del amor: dar a conocer el amor a Dios a través



de esas muestras de amor humano. Y eso es compatible con nuestros defectos, si le pedimos al Señor que se deje ver a través de nuestra miseria.

«El amor es una luz —en el fondo la única— que ilumina constantemente a un mundo oscuro y nos da la fuerza para vivir y actuar. El amor es posible, y nosotros podemos ponerlo en práctica porque hemos sido creados a imagen de Dios»<sup>66</sup>, y porque tenemos al Espíritu Santo, que es el Amor de Cristo que actúa en nosotros.

## UNA CARIDAD UNIVERSAL

El amor a los demás debe ser como el de Cristo, que se manifiesta en todo momento universal, especialmente cuando muere en la Cruz por todos los hombres, también por los que lo matan. Y así nos pide: «Amad a vuestros enemigos y orad por los que os persiguen, para que seáis hijos de vuestro Padre que está en los cielos, que hace salir el sol sobre malos y buenos y llover sobre justos e injustos. Pues si amáis a los que os aman, ¿qué recompensa tendréis? ¿No hacen esto también los publicanos? Y si saludáis solamente a vuestros hermanos, ¿qué hacéis de más? ¿No hacen esto también los gentiles? Sed, pues, perfectos, como perfecto es vuestro Padre celestial» (Mt 5, 44-48).

Qué expresiva es la parábola del buen samaritano, que ayudó al judío —tradicionalmente enemigo suyo— que había sido asaltado y herido por los ladrones.

«No devolváis a nadie mal por mal: buscad hacer el bien delante de todos los hombres. Si es posible, y cuanto de vosotros depende, tened paz con todos los hombres (...). Si tu enemigo tiene hambre, dale de comer; si tiene sed dale de beber: así le sacarás los colores a la cara. No te dejes vencer por el mal; antes bien, vence el mal con el bien» (Rom 12, 17-21). Cuentan de Abraham Lincoln, que, en cierta ocasión, le reprocharon que era demasiado amable con sus enemigos, a los que como presidente debería destruir. Respondió: «¿no destruyo a mis enemigos haciéndolos mis amigos?». En cuanto depende de nosotros no nos sintamos enemigos de nadie; pero, a los que se muestran como enemigos nuestros, podemos, con la gracia de Dios, amarles y rezar por ellos.

El órgano físico del corazón, como es sabido, tiene una gran capacidad de dilatación. Hemos de intentar agrandar también nuestro corazón, con la ayuda de Dios, en el sentido afectivo, para que en él quepan todos los hombres. ¡Qué testimonio tan maravilloso nos dio Juan Pablo II, que se desvivía para alimentar espiritualmente a millones de personas a través de todo tipo de encuentros, en los que trasmitía la palabra de Jesús! Además, comentaba el Papa: «Yo tomo nota de las intenciones que me indican personas de todo el mundo, y las conservo en mi capilla sobre el reclinitorio, para que en todo momento estén presentes en mi conciencia, incluso cuando no puedo repetirlas literalmente cada día. Permanecen allí, y se puede decir que el Señor Jesús las conoce, porque se encuentran entre los apuntes sobre el reclinitorio y también en mi corazón»<sup>67</sup>.

## LA CARIDAD CON EL «PRÓXIMO»

La caridad, además de ser universal, tiene que vivirse con orden, es decir, queriendo más a aquellos con los que nos unen más vínculos. Así nos lo enseña San Pablo: «Mientras disponemos de tiempo hagamos el bien a todos, pero especialmente a los hermanos en la fe» (Gal 6, 10). Y esto, en parte, es así porque si seguimos el razonamiento mencionado de San Juan —«¿cómo vamos a amar a Dios a quien no vemos, si no amamos a los demás a quien vemos?»— podríamos decir: ¿cómo vamos a querer a aquellos que están lejos, a los que no vemos, si no amamos a los cercanos a los que vemos?

Es bueno tener un corazón grande, que se conmueva ante las necesidades de la sociedad y se sienta responsable de ayudar a resolverlas sin declinar en otros su solución, pero, a la vez, nuestra solidaridad se concreta con los más próximos, como Cristo, que murió por todos, pero atendió cada persona que se le acercaba, cada enfermo del cuerpo, y cada enfermo del alma (la Samaritana, Zaqueo, la mujer adúltera...).

Era lo que confesaba la beata Teresa de Calcuta al escritor Dominique la Pierre cuando se le acusaba de no utilizar su influencia para encontrar soluciones políticas a la pobreza: «Me interesa la gente que no tiene un pedacito de pan para sobrevivir un día más. No puedo preocuparme por la multitud sino por un individuo que está a punto de morir».

## AMAR AL PRÓJIMO CON OBRAS

Aristóteles afirma que «amar es querer el bien del otro en cuanto otro».

¿Qué es querer? Querer es un acto de la voluntad, no del instinto, de lo que me apetece. En segundo lugar, hay que añadir que el bien que se quiere es algo que perfecciona en cuanto a la persona. Hay muchos tipos de bienes, pero el bien en grado sumo es Dios. De ahí, que el amor procure repartir todos los bienes que se poseen, pero especialmente el Bien de Dios. Y a Dios se le posee y se le comunica a través del conocimiento y del amor. Acercar el prójimo a Dios es, por tanto, la mejor forma de vivir la caridad. En esto consiste el apostolado, al que dedicaremos un capítulo específico más adelante. Pero, no podemos olvidar que «si alguno posee bienes de este mundo y viendo que su hermano padece necesidad, le cierra su corazón, ¿cómo puede permanecer en él el amor a Dios? Hijos, no amemos de palabra ni con la boca, sino con obras y de verdad» (1 Jn 3, 17-18).

Amar es querer el bien del otro en cuanto otro. Eso es lo que diferencia al amor humano de la apetencia de los animales: quererlo por él, no porque me interese o me beneficie, o me caiga bien. Querer al otro por sí mismo, por la dignidad que le compete en cuanto persona, por ser hijo de Dios.

Amar a los demás es garantía de actuar acertadamente en nuestras relaciones con el prójimo. «Se te impone, de una vez por todas, este breve precepto: ama y haz lo que

quieras. Si callas, calla por amor; si hablas, habla por amor; si corriges, corrige por amor; si perdonas, perdona por amor. Que dentro de ti esté la raíz del amor, ya que de esta raíz no puede proceder sino el bien»<sup>68</sup>.

## SÓLO EL HUMILDE PUEDE AMAR

Amar a los demás, a pesar de sus pecados y defectos, es más fácil cuando somos conscientes de que nosotros somos también pecadores, es decir, cuando somos humildes.

Recordemos el pasaje evangélico de la mujer adúltera. «Jesús marchó al Monte de los Olivos. Muy de mañana volvió de nuevo al Templo y todo el pueblo acudía a Él; se sentó y se puso a enseñarles. Los escribas y fariseos trajeron a una mujer sorprendida en adulterio y la pusieron en medio. “Maestro —le dijeron—, esta mujer ha sido sorprendida en flagrante adulterio. Moisés en la Ley nos mandó lapidar a mujeres así; tú, ¿qué dices?”. Esto se lo decían tentándole, para tener de qué acusarle. Pero Jesús se inclinó y se puso a escribir con el dedo en la tierra. Como ellos insistían en preguntarle, se incorporó y les dijo: “El que de vosotros esté sin pecado que tire la piedra el primero”. Y agachándose otra vez, siguió escribiendo en la tierra. Al oírle empezaron a marcharse uno tras otro, comenzando por los más viejos, y quedó Jesús solo, y la mujer en medio. Jesús se incorporó y le dijo: “Mujer, ¿dónde están? ¿Ninguno te ha condenado?” “Ninguno, Señor”, respondió ella. Le dijo Jesús: “Tampoco yo te condeno; vete y a partir de ahora no peques más”» (Jn 8, 1-11).

«El que esté sin pecado que arroje la primera piedra». Quizás lo que escribía sobre la tierra eran los pecados de los que la acusaban. Todos se fueron, porque todos eran pecadores. Nosotros también lo somos, y antes de juzgar, de criticar, la humildad nos lleva a recordar nuestros pecados, y a comprender con entrañas de misericordia a los demás, como Jesús: «¿Ninguno te ha condenado? (...). Tampoco yo te condeno; vete y a partir de ahora no peques más».

Si el Señor, que es el ofendido por el pecado, siempre nos perdona, nosotros debemos perdonar con más motivo; con más razón porque nuestras deudas con Dios son mucho más cuantiosas que las de los demás para con nosotros. La humildad nos lleva a perdonar y, por lo tanto, a amar, ya que amar es perdonar. Y nos lleva también a pedir perdón, porque amar es también pedir perdón. ¡Como se facilita la convivencia con los demás cuando estamos prontos a pedir perdón y a perdonar!

Ramón y Cajal narra en un cuento la rara experiencia de un investigador que dedicaba muchas horas cada jornada a observar preparaciones a través del microscopio. Un buen día, de tanto usarlo, sus ojos se convirtieron en microscopios. Era estupendo: ya no tenía que ayudarse con el aparato en cuestión porque podía mirar él mismo directamente las preparaciones. Pero al cabo de poco tiempo, se dio cuenta que la aparente ventaja no lo era, ya que todo lo veía agrandado. Y empezó a horrorizarse hasta cuando se fijaba en sí mismo. Y es que el microscopio, que tiene la gran ventaja de aumentar el tamaño de las cosas, presenta el inconveniente de hacer perder la visión de conjunto. A veces nos

ocurre a nosotros lo que al personaje del cuento. Nuestros ojos se vuelven microscopios y vemos agigantados los defectos de los demás. Perdemos, además, la visión de conjunto porque no apreciamos sus virtudes. La caridad, al contrario, nos lleva a tener la auténtica perspectiva de los demás, fijándonos en sus aspectos positivos, que son más numerosos que los negativos. Esto se facilita si, con el auxilio de la humildad, también tenemos un auténtico conocimiento de nosotros mismos.

Es de una gran sabiduría ese principio que nos han enseñado a todos alguna vez: «Debes pensar en los demás antes que en ti mismo». Esto sólo es posible con la ayuda de la gracia de Dios, porque muchas veces actuamos con el prejuicio psicológico de pensar antes en nosotros mismos. La primera actitud, aunque cueste, es también sanísima psíquicamente, como muestran las conclusiones de varios congresos internacionales de Psiquiatría. Y lo saben, aún mejor, los pastores de almas: «casi todos los que tienen problemas personales, los tienen por el egoísmo de pensar en sí mismos. Es necesario darse a los demás, servir a los demás por amor de Dios: ese es el camino para que desaparezcan nuestras penas. La mayor parte de las contradicciones tienen su origen en que nos olvidamos del servicio a los demás hombres y nos ocupamos demasiado de nuestro yo. Entregarse al servicio de las almas, olvidándose de sí mismo, es de tal eficacia, que Dios lo premia con una humildad llena de alegría»<sup>69</sup>.

## LAS REGLAS DE LA CARIDAD

En el Sermón de la Montaña, nos dio el Señor la regla de oro de la caridad: «Todo cuanto queráis que os hagan los hombres, hacédselo también vosotros a ellos, porque esta es la Ley y los Profetas» (Mt 7,12). Esta regla ya existía antes de Cristo, aunque formulada de manera negativa: «No hagas a nadie lo que no quieras que te hagan a ti». Jesús la supera dándole un enunciado positivo mucho más exigente. Veamos ahora sus aplicaciones concretas, empezando por la más accesible, aunque más imperfecta, la formulada negativamente.

## LA REGLA ANTIGUA DE LA CARIDAD

La regla difundida desde tiempos remotos de no hacer a nadie lo que no queramos que nos hagan, se refiere directamente a nuestro comportamiento exterior que dañe al prójimo, pero indirectamente, también a nuestras malquerencias interiores, que muchas veces acaban manifestándose hacia fuera. Ante todo conviene tener en nuestro interior pensamientos y sentimientos de amor. Habrá que rehuir los juicios temerarios; dar de lado a las suspicacias y a sentirnos ofendidos por pequeñeces, que nos lleven a elaborar una lista de agravios, que no olvidamos; y luchar contra los sentimientos de rencor y de odio, que evitaremos si estamos prontos a perdonar.

Después, eludiremos lo que externamente pueda incomodar a nuestro prójimo, con nuestra lengua o con nuestras acciones. De los perjuicios que podemos causar con la lengua nos habla en su epístola el apóstol Santiago: «Si alguno no peca de palabra, ese es un hombre perfecto, capaz de refrenar también todo su cuerpo. Si ponemos frenos en la boca a los caballos para que nos obedezcan, dirigimos todo su cuerpo. Mirad las naves: aunque sean tan grandes y las empujen vientos fuertes, un pequeño timón las dirige a donde quiere la voluntad del piloto. Del mismo modo la lengua es un miembro pequeño, pero va presumiendo de grandes cosas. ¡Mirad qué poco fuego basta para quemar un gran bosque! Así también la lengua es un fuego, un mundo de iniquidad; es ella, de entre nuestros miembros, la que contamina todo el cuerpo y, encendida por el infierno, inflama el curso de nuestra vida desde el nacimiento. Todo género de fieras, aves, reptiles y animales marinos puede domarse y de hecho ha sido domado por el hombre; sin embargo, ningún hombre es capaz de domar su lengua. Es un mal turbulento y está lleno de veneno mortífero. Con ella bendecimos a quien es Señor y Padre, y con ella maldecimos a los hombres, hechos a semejanza de Dios. De la misma boca salen la bendición y la maldición. Esto, hermanos míos, no debe ser así. ¿Acaso mana de una fuente agua dulce y amarga por el mismo caño? ¿O puede, hermanos míos, la higuera producir aceitunas o la vid higos? Tampoco una fuente salada puede dar agua dulce» (St 3, 2-12).

¡Qué máxima tan práctica la que aconseja *Camino!*: «no hagas crítica negativa: cuando no puedas alabar, cállate»<sup>70</sup>. Con más motivo, reuiremos con cuidado todo lo que puede suponer polémicas acaloradas o injurias. También trataremos de omitir temas de conversación que molesten a los demás.

Evitemos, en fin, que nuestras acciones externas ofendan a otros con indelicadeza en el trato: modales bruscos, mal genio, desprecios, bromas de mal gusto...

## LA REGLA DE ORO DE LA CARIDAD

El amor, que es inventivo y toma iniciativas, nos ayudará a vivir la regla de oro de la caridad: «Todo cuanto queráis que os hagan los hombres, hacédselo también a ellos» (Mt 7, 12). Se trata, pues, de fomentar lo que hace la vida amable al prójimo. Para ello hemos de comprenderlos y hemos de interesarnos por sus problemas.

«Más que “dar”, la caridad está en “comprender”»<sup>71</sup>. Comprenderemos a los demás si buscamos el mejor ángulo para contemplarles, igual que cuando queremos admirar la belleza de un cuadro lo miramos desde la perspectiva más óptima. La mejor apariencia de nuestro prójimo la da la que nos lleva a considerarlo como hijo de Dios. Asimismo nos ayuda a comprender a los demás meternos en su interior. «Antes de juzgar a una persona camina durante tres lunas con sus mocasines», dicen los indios americanos.

También ayudamos a hacer felices a los que nos rodean si nos interesamos por sus cosas. La mejor muestra de afecto es recibirles con una sonrisa. Después, escucharles

con atención, como sabía hacer Momo, personaje literario de Ende: «Las personas eran atraídas especialmente por Momo. ¿Por qué?: ¿Por sus consejos, porque supiera cantar o bailar, o magia, etc.? No, nada de eso. Lo que la pequeña Momo sabía hacer como nadie era escuchar. Eso parece nada especial; pues, es un error. Muy pocas personas saben escuchar de verdad. Momo sabía escuchar de tal manera que a la gente tonta se le ocurrían, de repente, ideas muy inteligentes. No porque dijera o preguntara algo que llevara a los demás a pensar esas ideas, no; simplemente estaba allí y escuchaba con toda su atención y toda simpatía. Miraba al otro con sus grandes ojos negros y el otro en cuestión notaba de inmediato cómo se le ocurrían pensamientos que nunca hubiera creído que estaban en él. Sabía escuchar de tal manera que la gente indecisa o perpleja averiguaba, de repente, qué era lo que quería. O los tímidos se sentían de súbito muy libres y valerosos. O los desgraciados y agobiados se volvían confiados y alegres. Y si alguno creía que su vida estaba totalmente perdida y que era insignificante y que él mismo no era más que uno entre millones, y que no importaba nada y que se podía sustituir con la misma facilidad que una maceta rota, iba y le contaba eso a la pequeña Momo, y le resultaba claro, de modo misterioso, mientras hablaba, que tal como era sólo había uno entre los hombres, y que, por eso, era importante, a su manera, para el mundo».

Mostramos igualmente interés por los demás si memorizamos sus cosas. Por ejemplo, si una determinada persona nos ha dicho por la mañana que le duele la cabeza, por la tarde le preguntamos cómo continúa esa cefalea; si está preocupada por una gestión difícil que tiene que hacer, le interrogaremos sobre la misma la siguiente vez que la veamos... Un obispo confió a Juan Pablo II que le inquietaba una reunión próxima que iba a tener con el Consejo presbiteral de su diócesis, que podía ser difícil. Al cabo de dos años volvió a encontrarse con el Papa en una reunión numerosa. Juan Pablo II le saludó y le dijo: «¡Qué alegría verle! Por cierto, ¿qué tal salió la reunión aquella que le preocupaba tanto?». Y el Papa veía a cientos de obispos cada año.

La caridad nos lleva a sacrificar también nuestros gustos para hacer más amable la convivencia. Como el caso de aquel marido que, desde que se casó, iba a todas las corridas de toros de su ciudad con su esposa. Al cabo de 30 años, la mujer le dijo: «Por mí no compres más entradas de toros, porque ya no hay toreros buenos». A lo que le respondió su cónyuge: «Me parece muy bien, porque a mí nunca me han gustado los toros». Además, si tenemos la buena actitud de ir por delante en la caridad, encontraremos normalmente correspondencia, porque, como dice San Juan de la Cruz: «Pon amor donde no hay amor y sacarás amor»<sup>72</sup>.

«Llevad los unos las cargas de los otros y así viviréis la ley de Cristo» (Gal 6, 2). Se puede vivir este aforismo en todos los ambientes en que nos movemos: en el trabajo, con los amigos, pero, especialmente, en la vida del hogar. Se manifiesta a través del espíritu de servicio con que el marido ayuda a la mujer o viceversa, en arrimar el hombro a la dedicación y educación de los hijos, etc. Debemos estar especialmente atentos cuando esas cargas son más pesadas: enfermedades, necesidades económicas...

Un resumen espléndido de las dos reglas de la caridad, que acabamos de ver, lo expone el apóstol de las gentes en su incomparable himno a la caridad: «La caridad es paciente, la caridad es amable; no es envidiosa, no obra con soberbia, no se jacta, no es ambiciosa, no busca lo suyo, no se irrita, no toma en cuenta el mal, no se alegra por la injusticia, se complace en la verdad; todo lo aguanta, todo lo cree, todo lo espera, todo lo soporta»(1 Cor 13, 4-7).

## VIII. EL APOSTOLADO: TRANSMITIR EL AMOR A DIOS

### LA VOCACIÓN CRISTIANA ES APOSTÓLICA

Amar es querer el bien del otro en cuanto otro, y el mejor bien que tenemos es el amor a Dios, que nos hace auténticamente felices. Y ¡cuánta necesidad de felicidad hay en nuestro entorno en todo tipo de personas, y, en especial, entre los jóvenes! «¿No gritaríais de buena gana a la juventud que bulle alrededor vuestro: ¡Locos!, dejad esas cosas mundanas que achican el corazón... y muchas veces lo envilecen..., dejad eso y venid con nosotros tras el Amor?»<sup>73</sup>.

El apostolado, fundamentalmente, consiste en transmitir a los demás nuestro amor a Dios; en definitiva, en hacerles partícipes de la redención de Jesús. ¿Hay algo más grande por lo que valga la pena dar la vida?

«Dios envió a su Hijo al mundo para que éste fuera salvo por Él» (Jn 3, 17). Jesús no sólo vino a salvar a los judíos de su época sino a todos los hombres de todos los tiempos. Y antes de ascender a los cielos transmitió a los Apóstoles, que se quedaban en la tierra, esa misma misión suya: «Como mi Padre me envió, así os envío yo a vosotros» (Jn 20, 21). «Id por todo el mundo...» (Mc 16, 15). La Iglesia, edificada sobre las columnas de los Apóstoles, «ha nacido con este fin: (...) hacer a todos los hombres partícipes de la redención salvadora. La vocación cristiana es, por su misma naturaleza, vocación al apostolado. Así como en el conjunto de un cuerpo vivo no hay miembros que se comportan de un modo pasivo, sino que todos participan en la actividad vital del cuerpo, de igual manera en el Cuerpo Místico de Cristo»<sup>74</sup>.

La llamada universal al apostolado de todos los cristianos se deriva del mismo bautismo. Llamados a la santidad y llamados al apostolado. No podemos ocuparnos sólo de nuestra salvación ni tampoco podemos decir: yo para esto no sirvo, porque todos podemos rezar, amar, servir a los demás...

Lo mejor que nos ha podido ocurrir en nuestra vida es haber hallado a Jesús, como los Apóstoles. Aprendamos de ellos a hacer apostolado, siguiendo el capítulo I del Evangelio de San Juan.

### EL PRIMER APOSTOLADO DE ANDRÉS

«Al día siguiente, otra vez hallándose Juan con dos de sus discípulos, fijó la vista en Jesús, que pasaba, y dijo: ¡He aquí el Cordero de Dios! Los dos discípulos que le oyeron siguieron a Jesús. Volvióse Jesús a ellos, viendo que le seguían, y les dijo: ¿Qué buscáis?



Dijéronle ellos: Rabbí, que quiere decir maestro, ¿dónde moras? Les dijo: Venid y ved. Fueron, pues, y vieron donde moraba y permanecieron con Él aquel día. Era como la hora décima» (Jn 1, 35-39). En este breve relato podemos ver cómo aquellos dos discípulos de Juan recorrieron las etapas para amar a Cristo: le buscaron, le encontraron a través del Bautista, y le trataron al permanecer con Él aquella jornada. Así comenzaron a conocer y a querer al Señor.

«Era Andrés, el hermano de Simón Pedro, uno de los dos que vieron a Jesús y le siguieron. Encontró él a su hermano Simón y le dijo: Hemos hallado al Mesías, que quiere decir el Cristo» (Jn 1, 40-41). Como consecuencia de ese amor incipiente a Cristo, Andrés comunica a su hermano que ha conocido al Salvador. Podemos sacar de eso una doble enseñanza. En primer lugar, que el apostolado es consecuencia del trato y del amor personal a Jesús, porque nadie da lo que no tiene. El trato con Cristo produce un amor de Dios —una «cristoactividad», podríamos decir— que se transmite a todos los que nos rodean. El alma de todo apostolado es, por tanto, la vida interior, porque «sin Él no podemos hacer nada» (Jn 15, 5).

En segundo lugar, aprendemos que el apostolado tiene que empezar por los parientes, por los más allegados: porque deseamos que conozcan a Jesús, y encuentren en Él la felicidad.

«Y le condujo a Jesús» (Jn 1, 42). Ésta es la esencia del apostolado: encaminar a la gente a Dios: llevarles a los sacramentos, especialmente a la Penitencia, el encuentro con Cristo que perdona, y a la Eucaristía, que nos hace sus íntimos; y enseñarles a hacerse amigos de Cristo en la oración personal.

## EL PRIMER APOSTOLADO DE FELIPE

«Al otro día, queriendo Él salir hacia Galilea, encontró a Felipe, y le dijo Jesús: Sígueme» (Jn 1, 43). Más breve es el relato de este encuentro, pero las consecuencias son las mismas: Felipe se pone enseguida a hacer apostolado. «Encontró Felipe a Natanael y le dijo: hemos hallado a aquel de quien escribió Moisés en la Ley y en los Profetas, a Jesús, hijo de José de Nazaret» (Jn 1, 45). Felipe halla a Jesús y eso le impele a desarrollar un apostolado inmediato. No aguarda a tener un conocimiento completo de su doctrina, para lo que habrían de pasar varios años. Tampoco espera hasta que su amor llegue a ser inmenso.

Así, nosotros no hemos de diferir el apostolado hasta que tengamos una formación cristiana muy grande o hasta que queramos al Señor con el amor de los santos. Hay que lanzarse prontamente a esa tarea. Ciertamente que para que nuestro trabajo apostólico sea cada vez más eficaz, necesitamos aumentar también nuestra formación doctrinal y nuestro amor a Dios, pero aprovechemos sin retraso las ocasiones que la Providencia nos depara para hablar de Jesucristo a los que tenemos a nuestro alcance.

Natanael era amigo de Felipe. También para nosotros se abre el trato apostólico con los amigos. No basta con el ejemplo, que es importante y necesario: esperan que les

hablemos de Dios. Nuestros amigos, quizá sin darse cuenta, tienen un deseo innato de Dios; y aunque no lo manifiesten, tienen interés, el mayor interés por Él.

Pero sigamos con el pasaje evangélico: «Díjole Natanael: ¿De Nazaret puede salir algo bueno?» (Jn 1, 46). La respuesta de Natanael nos recuerda que en el apostolado frecuentemente encontraremos dificultades. Natanael tenía prejuicios sobre Nazaret. Hay personas que tienen aversión a la Iglesia, por diversos motivos, o a alguna de sus instituciones, o a los sacerdotes... No nos deben echar para atrás, ni tampoco el materialismo ni el hedonismo de los hombres y mujeres, etc. Felipe no se arrugó, sino que como tenía fe en Jesús, «le dijo a Natanael: Ven y verás» (Jn 1, 46). De esta manera hemos de tener fe en Dios para afrontar los obstáculos. «Ésta es la victoria que vence al mundo: nuestra fe» (1 Jn 1, 5, 4).

Se ha dicho que las claves del éxito de Juan Pablo II estaban, primero en su santidad, después en que reunía las cualidades de un buen vendedor: confiaba en su producto (Cristo) y no le importaba el fracaso. ¡Qué importante es que no nos afecten los fracasos de nuestra actividad apostólica! ¡Cuántas veces por falta de humildad y visión sobrenatural, los fracasos nos impiden seguir adelante con las distintas iniciativas!

Cuentan de Diógenes que, en cierta ocasión, estaba pidiendo una limosna a una estatua de mármol. Pasó por allí un conocido y le dijo: «Pero ¿no estás perdiendo el tiempo?» El filósofo respondió: «No, estoy acostumbrándome a recibir negativas». También para nosotros es conveniente acostumbrarse a recibir negativas, para que éstas no nos desanimen.

Además, son parte de la cruz, necesarias para la fecundidad del apostolado: es la poda divina para que demos más fruto (cfr. Jn 15, 2). Sigamos los pasos de Cristo: su «fracaso» en la Cruz, y su glorificación en la Resurrección. Por eso, un cristiano no fracasa jamás. Como dice el autor de Camino: «¡Has fracasado! —Nosotros no fracasamos nunca. —Pusiste del todo tu confianza en Dios. —No perdonaste, luego, ningún medio humano. Convéncete de esta verdad: el éxito tuyo —ahora y en esto— era fracasar. —Da gracias al Señor y ¡a comenzar de nuevo!»<sup>75</sup>. El apóstol es siempre optimista, porque dice Dios que «mis elegidos no trabajarán en vano» (Is 65, 23). Los frutos siempre existen, aunque no se vean. Y, además, el mayor éxito nuestro es que, si hacemos apostolado, Dios estará contento de nosotros.

¿Cómo terminó el encuentro de Felipe con Natanael? Felipe lo llevó al Señor. «Vio Jesús a Natanael que se acercaba y dijo de él: “He aquí un verdadero israelita en quien no hay doblez”. Le contestó Natanael: “¿De qué me conoces?” Respondió Jesús y le dijo: “Antes de que Felipe te llamara, cuando estabas bajo la higuera, yo te vi”» (Jn 1, 47-48). Así ocurre con nuestro apostolado. Antes de que hablemos a una persona, Jesús se ha fijado en ella desde toda la eternidad, la ama y quiere su salvación. Está más interesado por ella que nosotros.

«Respondió Natanael: “Rabbí, tú eres el Hijo de Dios, tú eres el Rey de Israel”» (Jn 1, 49). ¿Cómo se produjo ese cambio tan radical en Natanael? ¿Quién le convenció de que Jesús era el Hijo de Dios? ¿Felipe? No, el mismo Cristo. Pero Jesús utilizó a Felipe como instrumento para que le acercara a Natanael. Tampoco nosotros somos quienes

convencemos a nadie de la verdad cristiana, ni quienes convertimos a otras personas: lo hace Jesús. Pero hemos de tener un gran corazón para ser sus instrumentos, porque el Señor quiere que seamos sus brazos, y espera que echemos las redes para hacer, Él, los milagros.

Nuestro apostolado alcanza también al ambiente de trabajo, a los compañeros y al trabajo mismo. Es misión del laico ordenar todas las realidades del mundo de acuerdo con Cristo y para gloria del Creador, con respeto de la autonomía de lo temporal. Las estructuras sociales que encuentra son con frecuencia estructuras de pecado. El cristiano tiene la misión de transformarlas, e impregnarlas del espíritu de Jesucristo.

\* \* \*

Amable lector: ha llegado el momento de poner el punto final a estas páginas.

Pidamos al Espíritu Santo, que es el Espíritu del amor, y también a María, Madre del Amor Hermoso, que sepamos llevar a todos los rincones de la tierra, sin salir de nuestro lugar, ese tesoro del amor fiel a Jesucristo, único amor capaz de hacernos felices a nosotros y a esta humanidad que sigue, y seguirá siempre, hambrienta de Dios.

## Notas

- 1 Santa Teresa de Jesús. *El libro de la vida*, cap. 37.
- 2 San Juan de la Cruz, *Dichos de luz y amor*, punto 59.
- 3 Cfr. Benedicto XVI, *Deus caritas est*, n.1.
- 4 Juan Pablo II, *Cruzando el umbral de la esperanza*, p. 216.
- 5 Cfr. J. Pieper, *Virtudes fundamentales*, p. 443.
- 6 Benedicto XVI, *Homilía*, 24-IV-2005.
- 7 Juan Pablo II, *Cristifideles laici*, n. 11.
- 8 San Josemaría Escrivá, *Es Cristo que pasa*, n. 64.
- 9 Cfr. Benedicto XVI, *Deus caritas est*, n. 9 a 11.
- 10 Juan Pablo II, *Vía Crucis del año 2000*, segunda estación.
- 11 San Alfonso María de Liguorio, *Meditaciones sobre la Pasión*, p. 46.
- 12 Juan Pablo II, *La Iglesia vive de la Eucaristía*, n. 11.
- 13 *Ibidem*, n. 19.
- 14 San Agustín. *Confesiones*, 7, 10.
- 15 San Josemaría Escrivá, *Conversaciones*, n. 113.
- 16 Ídem, *Es Cristo que pasa*, n. 83.
- 17 *Ibidem*, n. 45.
- 18 Cfr. Carlos Cardona, *Ética del quehacer educativo*, pp. 69 y ss.
- 19 Juan Pablo II, *Homilía 16-10-2003*.
- 20 Benedicto XVI, *Deus caritas est*, n. 17.
- 21 San Agustín, *Confesiones*, 1,1,1.
- 22 Juan Pablo II, *Alocución en Tor Vergata*, año 2000.
- 23 San Josemaría Escrivá, *Amigos de Dios*, n. 277.
- 24 Ídem, *Es Cristo que pasa*, n. 33.
- 25 Concilio Vaticano II, *Lumen Gentium* n. 2.
- 26 *Forja*, n. 335.
- 27 San Agustín, *Confesiones*, 7, 10.
- 28 *Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 470.
- 29 San Agustín, *Tratado sobre el Evangelio de San Juan*, 15, 6.
- 30 San Josemaría Escrivá, *Amigos de Dios*, n. 201.
- 31 San Agustín, *Confesiones* 10, 27.
- 32 *Ibidem*, 3, 6
- 33 R. Cantalamessa, *María, espejo de la Iglesia*, pp. 237-238.
- 34 Benedicto XVI, *Deus caritas est*, n. 1.
- 35 Pilar Urbano, *Entrevista a Narciso Yepes, citada en Ayllón, Dios y los naufragos*, p. 202.
- 36 Cfr. C. S. Lewis, *El problema del dolor*, p. 97.
- 37 Juan Pablo II, *Al comienzo del nuevo milenio*, n. 23.
- 38 *Ibidem*, nn. 25 y 28.
- 39 Juan Pablo II, *La Iglesia vive de la Eucaristía*, n. 36.
- 40 San Juan de la Cruz, *Cántico Espiritual, Canción 1*.
- 41 Juan Pablo II, *La Iglesia vive de la Eucaristía*, nn. 55 y 58.
- 42 *Ibidem*, n. 25.
- 43 Santa Teresa de Jesús, *Vida* 8, 2.
- 44 Cfr. Juan Pablo II, *Al comienzo del nuevo milenio*, n. 34.
- 45 San Josemaría Escrivá, *Es Cristo que pasa*, 174.
- 46 *Ibidem*, 107.
- 47 Juan Pablo II, *Carta a los jóvenes 31-3-1985*, n. 7.
- 48 San Josemaría Escrivá, *Carta 11-2-1940*, n. 15.
- 49 J. Ratzinger, *La sal de la tierra*, pp. 13-14.
- 50 San Agustín, *De Civitate Dei*, 14, 28.
- 51 Juan Pablo II, encíclica *Centesimus annus*, 1-V-1996, n. 36.
- 52 Álvaro del Portillo, *Entrevista sobre el Fundador del Opus Dei*, p. 181.
- 53 Jostein Gaarder, *El mundo de Sofía*, p. 159.

- 54 San Agustín, *Confesiones*, p. 129.
- 55 San Josemaría Escrivá, *Amigos de Dios*, n. 177.
- 56 A. Frossard, *No tengáis miedo*, p. 115.
- 57 A. Vázquez de Prada, *El Fundador del Opus Dei*, III, p. 618.
- 58 Juan Pablo II, *Alocución a universitarios*, 16-II-1981.
- 59 Santo Tomás de Aquino, *Suma Teológica*, q. 63, a. 2 ad 2.
- 60 San Josemaría Escrivá, *Vía Crucis*, tercera estación n. 2.
- 61 San Josemaría Escrivá, *Forja*, n. 504.
- 62 San Agustín, *De bono viduitatis*, 21, 26.
- 63 Fernando Ocariz, *Vivir como hijos de Dios*, p. 23.
- 64 Santa Catalina de Siena, *Diálogo 64*.
- 65 A. Vázquez de Prada, *El Fundador del Opus Dei, III*, p. 405.
- 66 Benedicto XVI, *Deus caritas est*, n. 39.
- 67 Juan Pablo II, *Discurso en el 30 Aniversario del Decreto Presbyterorum Ordinis*, 27-10-1995.
- 68 San Agustín, *Comentarios a la primera carta de San Juan*, 7.8: PL 35, 2.023.
- 69 San Josemaría Escrivá, *Carta 24-3-1931*, n. 15.
- 70 San Josemaría, *Camino*, n. 443.
- 71 *Ibidem*, n. 463.
- 72 San Juan de la Cruz, *Carta a M. María de la Encarnación*.
- 73 San Josemaría Escrivá, *Camino*, n. 790.
- 74 Concilio Vaticano II, *Apostolicam actuositatem*, 2.
- 75 San Josemaría Escrivá, *Camino*, n. 404.

EDICIÓN DIGITAL EN CASTELLANO

ESTE LIBRO DIGITAL, PUBLICADO POR  
EDICIONES RIALP, S. A., ALCALÁ, 290, 28027 MADRID, Y  
PREPARADO POR DIGITT.ES  
SE TERMINÓ  
EL DÍA 19 DE MARZO DE 2012  
FESTIVIDAD  
DE SAN JOSÉ



[WWW.RIALP.COM](http://WWW.RIALP.COM)

JERÓNIMO LEAL

*Los primeros  
cristianos en Roma*



PATMOS

LIBROS DE ESPIRITUALIDAD

RIALP

# Los primeros cristianos en Roma

Leal, Jerónimo

9788432149252

112 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

A veces se habla de los primeros cristianos como un ejemplo adecuado para los cristianos corrientes de nuestros días: por su naturalidad, su testimonio de fe fuertemente contagiosa, su vida ordinaria en la familia y en el trabajo, como el resto de la gente de su tiempo... En este breve volumen el autor nos descubre cómo era un día corriente en la Roma antigua y cómo vivían su fe aquellos primeros seguidores de Jesucristo, llevando a cabo la hospitalidad cristiana, el trabajo propio de su condición, el descanso y la liturgia, la catequesis y la asistencia social, etc. El texto da a conocer cómo eran los lugares de culto, y dedica una mención especial al papel de la mujer cristiana.

[Cómpralo y empieza a leer](#)



DIDIER VAN HAVRE

# AMAR LA MISA



# Amar la Misa

van Havre, Didier

9788432143427

208 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

La Eucaristía esconde un misterio, que el cristiano puede ir descubriendo. El secreto reside en la asombrosa cercanía de Jesucristo, presente en el sacerdote, en la asamblea, en la lectura, en las especies de pan y vino. Para aproximarse al misterio, es preciso obtener respuestas: ¿por qué existe la misa? ¿Cual es el sentido de sus oraciones y gestos, y qué actitud hemos de adoptar en cada momento? ¿Cómo vivir la misa durante la Pascua, el Adviento o la Cuaresma? Tras recordar las enseñanzas de la Iglesia, este libro acompañará al lector en cada etapa de la misa, recorriendo cada gesto y cada oración, su vínculo con Jesús y con los grandes acontecimientos de la historia sagrada. Concluye con una guía espiritual para progresar en la intimidad con Cristo.

[Cómpralo y empieza a leer](#)

JOSEMARÍA ESCRIVÁ DE BALAGUER  
OBRAS COMPLETAS

— \* —

# EN DIÁLOGO CON EL SEÑOR

TEXTOS DE LA PREDICACIÓN ORAL

Edición crítico-histórica  
preparada por  
LUIS CANO y FRANCESC CASTELLS

INSTITUTO HISTÓRICO  
SAN JOSEMARÍA ESCRIVÁ DE BALAGUER

---

**RIALP**

# En diálogo con el Señor

Escrivá de Balaguer, Josemaría

9788432148620

512 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Este volumen de las obras completas, primero de la serie Textos de la predicación oral, recoge el texto de veinticinco predicaciones de san Josemaría entre 1954 y 1975. Dirigidas en su momento a miembros del Opus Dei, sus palabras son ahora publicadas por primera vez para un público general, en el contexto de sus obras completas, para que "muchas otras personas —además de los fieles del Opus Dei— descubran una ayuda para tratar a Dios con confianza y afecto filial". Su título "manifiesta bien el contenido y finalidad de esta catequesis: ayudar a hacer oración personal", en palabras de Javier Echevarría. El estudio crítico-histórico ha sido llevado a cabo por Luis Cano, secretario del Instituto Histórico San Josemaría Escrivá de Balaguer y profesor de Historia de la Iglesia en el Istituto di Science Religiose all'Apollinare (Roma) y Francesc Castells i Puig, licenciado en Historia y doctor en Filosofía, y miembro del mismo Instituto.

[Cómpralo y empieza a leer](#)

JOSÉ LUIS GONZÁLEZ GULLÓN

# ESCONDIDOS

El Opus Dei en la zona republicana  
durante la Guerra Civil española (1936-1939)



# Escondidos

González Gullón, José Luis

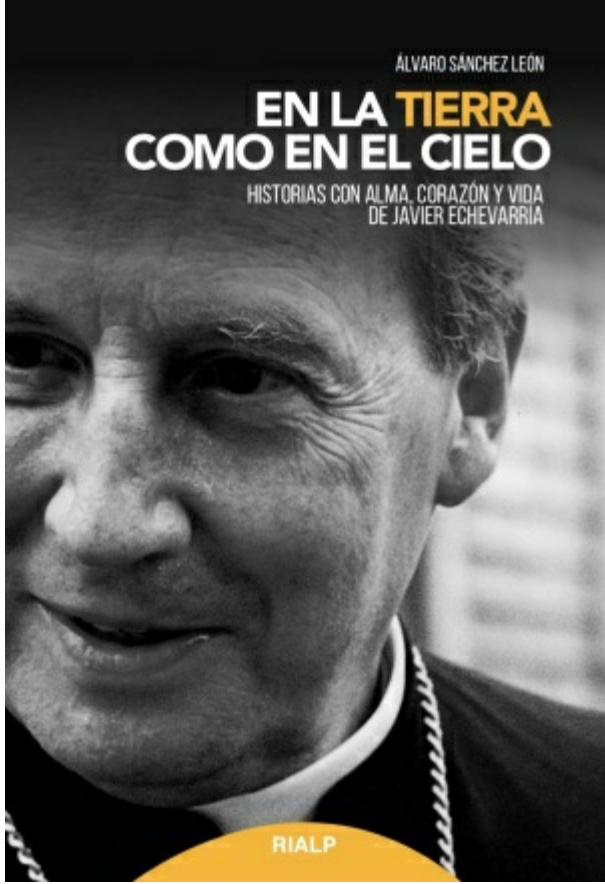
9788432149344

482 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

El inicio de la Guerra Civil española, en 1936, sorprendió al fundador del Opus Dei y a la mayoría de sus miembros en la zona republicana. Todos se escondieron para evitar la dura represión revolucionaria. Con el paso de los meses, los refugios y asilos dieron paso a las escapadas y expediciones. Gracias al desvelo de José María Escrivá, el Opus Dei sobrevivió en medio de la tragedia desencadenada por el conflicto armado.

[Cómpralo y empieza a leer](#)



# En la tierra como en el cielo

Sánchez León, Álvaro

9788432149511

392 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

El 12 de diciembre de 2016 murió en Roma Javier Echevarría. Esa noche fue trending topic. Era el tercer hombre al frente del Opus Dei. A los 84 años, el obispo español dejaba la tierra después de sembrar a su alrededor una sensación como de cosas de cielo. Menos de 365 días después de su fallecimiento, 45 de las personas que más convivieron con él, hablan en directo de su alma, su corazón y su vida. Sin trampa ni cartón. Este libro no es una biografía, ni una semblanza, ni un perfil, ni un estudio histórico. No es, sobre todo, una hagiografía... Es un collage periodístico que ilustra, en visión panorámica, las claves de una buena persona, que se implicó en mejorar nuestro mundo contemporáneo.

[Cómpralo y empieza a leer](#)



# Índice

PRÓLOGO	5
INTRODUCCIÓN: NACIDOS PARA AMAR	6
I. DIOS NOS HA AMADO PRIMERO	8
Amor de Dios Creador	9
Dios es nuestro Padre	9
Dios nos ha redimido	11
Amor de Cristo en la Eucaristía	11
El Sacrificio que une el Cielo y la tierra	11
La intimidad con Jesús en la Comunión	12
La proximidad de Cristo en el sagrario	13
Otras pruebas en el amor de Dios	14
II. CORRESPONDER AL AMOR DE DIOS	16
Dios nos pide amor	16
La respuesta de Pedro. Mi respuesta	16
Amar a Dios, la mayor felicidad	17
La alegría de poder amar	17
El amor a Dios nunca defrauda	18
Amar a Dios cada vez más	19
III. EL DON DEL AMOR A DIOS	20
La Humanidad Santísima de Jesús	20
La Virgen, atajo hacia Jesús	22
El Espíritu Santo y el amor de Dios	23
IV. ETAPAS PARA AMAR A DIOS	25
Buscar a Cristo	25
Encontrar a Cristo	25
Trato con Jesús en la Comunión	27
Diálogo con Jesús en el sagrario	29
Hablar con Dios en la oración	30
Contemplar a Dios en la vida cotidiana	31
V. LIBRES PARA AMAR	33
Libres de la soberbia de la vida	33
Libres de la concupiscencia de los ojos	34

Libres de la concupiscencia de la carne	35
<b>VI. AMAR A DIOS CON OBRAS</b>	<b>39</b>
Amor efectivo	39
Sus mandamientos no son pesados	39
El desamor del pecado	40
Recuperar el amor mediante la conversión	41
La tibieza en el amor	43
El sufrimiento como manifestación del amor	44
Sufrir por amor es goce	44
Cómo gozar en el sufrimiento	45
<b>VII. EL MANDAMIENTO NUEVO</b>	<b>47</b>
Razones para amar al prójimo	47
El distintivo de los cristianos	48
Una caridad universal	49
La caridad con el «prójimo»	50
Amar al prójimo con obras	50
Sólo el humilde puede amar	51
Las reglas de la caridad	52
La regla antigua de la caridad	52
La regla de oro de la caridad	53
<b>VIII. EL APOSTOLADO: TRANSMITIR EL AMOR A DIOS</b>	<b>56</b>
La vocación cristiana es apostólica	56
El primer apostolado de Andrés	56
El primer apostolado de Felipe	57